

Selección



RALPH BARBY

PROFESOR DE ESPIRITISMO



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

343 – La marca maldita, *Clark Carrados*.
344 – La carroña está servida, *Lou Carrigan*.
345 – Nana por una difunta, *Curtis Garland*.
346 – En las garras del terror, *Ada Coretti*.
347 – Un diablo en apuros, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

PROFESOR DE ESPIRITISMO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 348
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 28.422 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPITULO PRIMERO

Podía decirse que cuantos se hallaban en la taberna de Cromwell tenían un rostro y un aspecto general patibulario, pero si alguien concreto inspiraba más desconfianza que el resto, ése era el individuo que se hallaba sentado a un extremo del largo mostrador de madera de roble, de tres pulgadas de grueso, un mostrador que tenía tantos años como la taberna misma y habría resultado muy difícil averiguar cuándo había sido construida ésta.

No es que aquel sujeto llevara barba, sino que hacía días que no se afeitaba. El rostro era alargado y la extremada delgadez se lo había estirado más, marcándole los huesos de la mandíbula y de los pómulos.

Los dientes estaban muy sobresalientes y los ojos hundidos, rodeados de bolsas moradas. La piel era de un color parduzco y el cabello de su cabeza cubría el cuello de la ajada chaqueta.

Se pasó el dorso de la mano por los labios, frotándoselos, quitándose un ligero babeo que le caía.

Se escuchaba el rumor de conversaciones en voz baja, palabras que más que pronunciadas eran mordidas al salir por las bocas de los hombres que allí estaban.

Sobre una mesa rectangular, cuatro sujetos hacían saltar unos dados de hueso.

Otro hombre, con la piel curtida a todos los vientos de las noches estrelladas en los mares más alejados, permanecía quiero, como mudo, mirando hacia las nebulosas de su pasado frente a una jarra de cerveza negra.

Le faltaban tres dedos de la mano izquierda y la palma tenía cicatrices de profundas heridas hechas con el sedal.

—Sírveme otra, estoy seco.

El tabernero era un hombre alto y corpulento, macizo todo él, acostumbrado a tratar con aquella clientela que otros muchos propietarios de bares no hubieran deseado jamás.

—Lo siento, Redfinger, se acabó por esta noche.

—Vamos, no seas estúpido y lléname la jarra otra vez.

—He dicho que por esta noche se acabó, métete en la cama y vuelve mañana si quieres.

—¿Qué es lo que te pasa, es que tienes miedo de que no te pague? —preguntó arrogante, alzando su rostro que sólo inspiraba desconfianza.

—Ya me debes seis libras, Redfinger. ¿No te parece suficiente?

—Seis libras, seis libras, siempre serás un miserable —farfulló más que dijo aquel hombre apodado Redfinger a causa de que los dedos de su mano derecha estaban coloreados en rojo, unos dedos que solía rascarse con las uñas de la zurda porque de cuando en cuando notaba fuertes picores que le molestaban.

—Anda, Redfinger, ve a acostarte, ya me pagarás. Estoy seguro de que me

pagarás.

—¡Quiero una jarra ahora!

—No —dijo, apoyando la negativa oral con un vigoroso movimiento de cabeza también negativo.

Redfinger hizo un ademán de llevarse la mano al bolsillo de la chaqueta, pero el tabernero, más rápido que él, quizá por costumbre, sacó de debajo del grueso mostrador una corta garrota que empuñó y colocó sobre éste.

Con una media sonrisa, propia de quien está muy seguro de sí mismo, le preguntó:

—No querrás que te abra la cabeza, ¿verdad, Redfinger?

El cliente, sentado en el alto taburete de tres patas, tan tosco como el resto del mobiliario de la taberna, miró el nudoso y corto garrote que transpiraba contundencia. Sonrió y la sonrisa fue pasando lentamente a carcajadas.

—No serás capaz de partirme el cráneo con eso.

—Tan seguro puedes estar como yo de que tú venderías a tu madre por medio penique.

Sin dejar de reír, con los ojos enrojecidos por el exceso de alcohol que llevaba encima, silabeó:

—Eres un hijo de puta.

Sin perder los nervios, el tabernero respondió:

—En eso nos parecemos, sólo que yo no sé quién fue mi padre y el tuyo era el que cobraba el trabajo de tu madre.

Las palabras del tabernero fueron escuchadas y coreadas con risotadas tan cascadas como los rostros de aquellos hombres que acudían a la singular taberna.

Redfinger parecía hecho a los insultos porque, sin prisas, replicó:

—Claro, mi padre era más listo que el tuyo, el mío cobraba y el tuyo pagaba. Ahora, anda, sírveme una jarra, te la pagaré doble.

—El doble de nada sigue siendo nada.

—Sabes echar cuentas, ¿eh? Vamos, lléname la jarra, ¿cuánto dices que te debo?

—Seis libras.

—Lléname la jarra y mañana te pago doce.

No fue la codicia lo que brilló en los ojos redondos del tabernero, sino el deseo de que Redfinger se marchara cuanto antes.

—Está bien, todos lo habéis oído, mañana Redfinger pagará doce libras.

Tomó la jarra y se fue hacia uno de los toneles. La llenó hasta rebosar y luego se la puso delante de Redfinger. Este sonrió y le dijo:

—No te arrepentirás.

Redfinger tomó la jarra por el asa, se la llevó a los labios y comenzó a beber. Bebió como si hiciera días que no hubiera probado una sola gota de líquido cuando había estado bebiendo tan sólo hacía unos minutos.

Cuando hubo consumido el contenido de la jarra hasta las heces, la depositó sobre el mostrador dando un golpe con ella. Se levantó del taburete y

aseguró:

—Mañana te pagaré tus doce libras.

—Si vas a robar esta noche, procura que no te pongan la mano encima. Quiero cobrar, Redfinger.

Con voz estropajosa por el alcohol, Redfinger, sin dejar de caminar hacia la salida, dijo en voz alta para que iodos le oyeran:

—Nadie me va a poner la mano encima, nadie. Una vez estuve a la sombra y no volverán a meterme en la jaula.

Los que jugaban a los dados siguieron con aquellos cubos de huesos que rebotaban contra la madera gastada.

El caminar de Redfinger no era muy seguro; sin embargo, no inspiraba burla sino recelo.

Su cabeza se cubría con un sombrero de fieltro oscuro y de ala plana, ligeramente caída y mordida en algunos puntos del borde.

Ascendió por las escaleras que conducían a la calle, más alca que el nivel del suelo de la taberna.

Una farola iluminaba la acera mojada por la lluvia. Hacía frío y se subió el cuello de la chaqueta para protegerse. No soplaba viento, había una calma densa; podía llegar a producirse una nevada aquella misma noche. El ciclo estaba totalmente cubierto.

Redfinger avanzó por la acera. El barrio era sórdido y j apenas circulaba un coche de vez en cuando por la estrecha calle, una calle que Redfinger conocía bien.

No podía decirse que Redfinger caminase en línea recta; llevaba demasiado alcohol en su cuerpo para caminar bien; sin embargo, sus ojos estaban brillantes.

De cuando en cuando, chasqueaba la lengua y la nariz grande y alargada goteaba ligeramente del frío.

Hundió las manos en los bolsillos de la chaqueta buscando calor para sus dedos.

—Mañana tendré dinero. Si, mañana volveré a tener dinero... —farfullaba sin dejar de caminar.

Al llegar a la esquina, dobló. La otra calle estaba a oscuras, mas eso no parecía importar a Redfinger, que continuó adelante.

Al quedar a la altura de un portal más oscuro aún que la misma calle, Redfinger se volvió. Tuvo la impresión de que allí había algo, quizá dos ojos que brillaban, podían ser los ojos de un gato.

De pronto, algo voló por el aire. Los reflejos de Redfinger estaban disminuidos a causa del alcohol y apenas pudo dar un paso hacia atrás cuando la botella estalló entre sus pies y se produjo una pequeña explosión seguida de una violenta llamarada que envolvió a Redfinger, cogiéndole por sorpresa.

—Aaaah, aaaah... Auxilio... Aaaah...

Agitó sus brazos como para protegerse el rostro y comenzó a correr convertido en una tea humana.

Cayó al suelo unos metros más lejos y rodó sobre sí mismo dando fuertes sacudidas. Era la violencia de un dolor que le llevaba a la muerte, una muerte horrorosa.

Rodando, se pegó a un coche y el fuego pasó de su cuerpo al automóvil que también se incendió. Se abrieron unas ventanas con sigilo, aquel lugar no cobijaba a familias tranquilas, familias que nada tenían que ver, sino todo lo contrario.

Se escuchó el silbato de la policía y un bobby de uniforme corrió hacia el fuego, mas ya era tarde para Redfinger que tenía el cuerpo ennegrecido y desencajado el rostro en una mueca de horror y dolor que casi semejaba sarcasmo y burla ante la muerte que había hundido las garras en su miserable cuerpo.

CAPITULO II

Míster Hamilton fumaba un cigarrillo dentro de su lujoso automóvil. Las luces estaban apagadas, pero dentro del vehículo sonaba la música contenida en una cassette.

Miró su reloj digital luminoso después de darle un toquecito a uno de los varios resortes que poseía la preciosa y cara máquina de precisión que funcionaba con una micropila.

Hizo un gesto de impaciencia. Míster Hamilton era un hombre con una calvicie pronunciadísima que no ocultaba con pelucas, pero sí se teñía las hebras grises que iban apareciendo por sus aladares.

Mirándole a él o a su coche, cualquiera, al verlo, se daba cuenta de que no era la falta de dinero su problema. Su traje, su camisa, su corbata y sus zapatos no eran productos de grandes almacenes sino de comercios muy selectivos.

Una mujer de cabellos negros y largos, arrebujada dentro de un abrigo de foca, pasó junto a la farola.

Al llegar al coche, míster Hamilton alargó su brazo y abrió la portezuela que correspondía al asiento del acompañante.

La mujer no se entretuvo frente a la puerta, entró en el vehículo y cerró.

—¡Que frió hace! —exclamó.

Míster Hamilton fumaba un cigarrillo emboquillado. Expulsó el humo por su nariz y observó después:

—Has llegado tarde.

—Bueno, no es para tamo. Tú estabas bien aquí dentro con la calefacción de tu lujoso coche en marcha.

—No habrás ido con alguien, ¿verdad?

—Hum... ¿Celoso?

Accionó el contacto y el motor del auto runruneó.

—Sabes que no me gusta.

—No temas, nadie te va a contagiar nada.

Míster Hamilton maniobró con el coche y lo sacó del estacionamiento. Un policía de servicio rutinario les observó a poca distancia y se sonrió.

—Mira, Gia, si me creas problemas, lo dejaremos correr.

—Vamos, vamos —dijo mimosa, casi besuqueando las palabras—. No seas tonto, sólo me has esperado unos minutos.

—Me gustas, eres una chica especial. Eres joven, hermosa y el doctor me asegura que estás sana.

—Eso de hacerme pasar por un doctor particular sólo lo haces tú.

—Quiero estar seguro.

—Menos mal que las minutas del ginecólogo las pagas tú y no yo, la verdad e¿ que cuando voy a ver a ese doctor me siento casi una princesa. El tío tiene un consultorio de multimillonario.

—Es amigo mío.

—¿A las amiguitas que has tenido antes también las has obligado a pasar por tu amigo el doctor?

—No hagas preguntas impertinentes.

—Claro, claro. ¿Sabes que me he retrasado porque casi me duermo dentro de la hartera? Se estaba tan bien, son sales aromáticas y todo para que tú estuvieras satisfecho.

—Mira, Gia, no soy tan idiota como para creer que aunque te pague muy bien soy el único que se acuesta contigo. Tú eres una muñequita preciosa, pero también una furcia.

Gia torció el gesto. Lanzó una ojeada asesina hacia el hombre, mas no se atrevió a replicar. Buscó en su monedero su propia pitillera y sacó un cigarrillo que encendió.

—Huele a porro —objetó él.

—Es muy suave, una mezcla muy débil.

—No dejes ninguno de esos cigarrillos dentro de mi coche.

—No temas, no te va a coger la policía por traficante en drogas. Eres de un cuidadoso que asusta. Hamilton. ¿Siempre has sido así?

—No quiero problemas con la ley.

—Ni con los hospitales —le puntualizó ella.

—Exacto. Cuando sea viejo y mi cuerpo no pueda más, entonces que me lleven adonde les dé la gana, pero mientras no quiero ir a una comisaría ni a un hospital, por lo que a mí respecta, claro.

—¿Sabes, Ham? Si no fuera porque luego te pones muy cariñoso, te enviaría a la mierda.

—Así me gusta, que empieces a hablar como lo que eres.

—Prepárate, que para luego, cuando estés haciendo el amor, te las voy a decir de muy gordas.

—¿Cosecha propia?

—No, he llamado a una amiga para que me pusiera al corriente de las palabrotas más gordas y sucias que se dicen en ese momento en el Soho y ya sabes que yo no piso ese barrio ni para hacer turismo.

—Pues quizá tengas que presentarme algún día a tu amiguita.

—A lo mejor, algún día entro en una sex-shop y me compro un látigo para desollarte las nalgas, quizá tengas el orgasmo más fuerte de tu vida. Te flagelaría mientras me acordaba de tu madre.

—A lo mejor soy yo quien te da una sorpresa.

—¿Ah, sí, y de qué tipo? —preguntó ella interesada mientras por su mente desfilaba una gama de formas distintas.

Míster Hamilton no dijo nada más. Circuló por las calles frías y de asfalto mojado y terminó por introducirse en el aparcamiento de un edificio.

Estacionó el automóvil y descendieron de él para luego ir caminando hacia el ascensor. Se introdujeron en la cabina y Gia se puso muy cariñosa con míster Hamilton que por su edad podía ser su padre y quizá más.

Fue el propio míster Hamilton quien pulsó el botón ya dentro del ascensor y subieron hasta llegar a la planta cuarta. Aquél era un edificio de apartamentos pequeños pero lujosos; no eran apartamentos para vivir familias sino para hombres o mujeres de una posición social y económica alta que los utilizaban para estar tranquilos y no ser molestados.

Incluso, los teléfonos instalados en aquellos apartamentos no podían encontrarse en la guía telefónica y los nombres de los propietarios tampoco aparecían en los buzones.

El hombre sacó el llavín de la puerta tapizada en cuero, una puerta elegante y perfectamente blindada y su cerradura no era nada vulgar, una cerradura que podía dejar tranquilo al que se encerraba dentro del apartamento.

Gia se introdujo la primera en el apartamento.

—Si algún día deseas regalarme algo hermoso, podría ser este nidito.

—¿Te gusta?

—Mucho, es pequeño, pero muy confortable y coquetón.

—Vale demasiado.

—Es una de sus cualidades a tener en cuenta. No me gustan los apartamentos que huelen a comida por todas partes.

—Ahorra y quizá algún día te lo puedas comprar para hacer tu nido de amor.

—Tengo mi propio apartamento y tampoco es barato, pero cornos siete de la misma profesión en el edificio.

Efectivamente, el piso era confortable y estaba decorado con gusto, un gusto excitante. Colores calientes, pinturas eróticas.

Gia no había estado demasiadas veces en aquel apartamento. Míster Hamilton era un hombre muy selectivo, sus apetitos sexuales no le acuciaban en exceso, y Gia sólo quedaba citada con él una o dos veces al mes. Sin embargo, estaba bien retribuida, como modelo de fotógrafos tenía su éxito y solía aparecer en revistas eróticas y pornográficas.

Gia estaba segura de que además de por su belleza, era aceptada rápidamente y bien pagada por los fotógrafos profesionales gracias a las intervenciones de míster Hamilton, al cual le bastaba actuar a través de un teléfono.

Por ello, tampoco era molestada, es como si llevara en su rostro el marchamo de «protegida» y se dejaba llevar. De esta manera, vivía bien y si algún hombre joven, pletórico de virilidad, la atraía, no tenía inconveniente en hacerle el juego del amor sin tener que mediar el dinero que todo podía ensuciarlo.

—Ve preparándote, voy al cuarto de baño —dijo míster Hamilton.

Ella se quitó el abrigo. Lucía un vestido provocativo y muy escotado, un vestido que no se quitaba porque sabía que a míster Hamilton le gustaba desnudarla con sus propias manos, era parte del juego.

Se acercó al pequeño y coquetón bar, bien surtido con pileta, grifería y nevera, todo lujoso y forrado de maderas finas.

Sacó la coctelera y preparó un cóctel que sabia iba a gustar a míster Hamilton.

Siempre que entraba en aquel apartamento, instintivamente, buscaba las huellas del paso de otra mujer, pues tenía casi la absoluta seguridad de no ser la única amiguita de aquel millonario que se permitía poseer un lujoso nido de amor que nada tenía que ver con su residencia oficial.

Había tratado de caprario totalmente, pero míster Hamilton, al que solía llamar Ham, se resistía. Era un hombre frió y calculador, un hombre que mantenía su nido de amor al margen de su vida hogareña y supuestamente respetable, un hombre que sólo se dejaba llevar por sus instintos en los breves momentos del cénit en el juego del amor, pero que después volvía a ser reservado y distante.

Gia se habría conformado con ser su única amante: comprendía que, de conseguirlo, sus problemas económicos habrían terminado, pero míster Hamilton no se dejaba captar totalmente.

Ella no le dominaba a él sino que él la dominaba a ella y estaba segura de que si cometía algún tropiezo, míster Hamilton cortaría sus citas tajantemente y tendría a otras muchachas aguardando para ocupar el puesto que ella dejara libre.

Y si intentaba molestarle o chantajearle, seguro que recibiría una visita desagradable de algún matón a sueldo, posiblemente un sádico sin cerebro, previamente escogido para que disfrutase golpeándola y Gia apreciaba demasiado sus órganos para desear que se los ablandaran a puñetazos.

De pronto, se escuchó un fuerte alarido.

Las manos de la mujer se crisparon alrededor de la coctelera que estaba sacudiendo y fue entonces cuando sus ojos se inundaron de fuego.

Míster Hamilton apareció por la puerta del baño ardiendo, convertido en una antorcha humana. Sacudía los brazos, abría la boca, desorbitaba los ojos mientras todo él era una llama.

Gia comenzó a chillar desesperadamente mientras veía que míster Hamilton avanzaba hacia ella envuelto en fuego y la muchacha no tenía escapatoria alguna.

Mas antes de llegar a ella, míster Hamilton cayó al suelo y se revoleó de un lado a otro.

La moqueta se inflamó también y el fuego se esparció rápidamente por el apartamento.

Gia corrió hacia la salida. Llegó al rellano gritando y golpeó la puerta del ascensor sin dejar de chillar. Dos puertas del mismo rellano se abrieron para inquirir qué ocurría cuando ya el humo espeso brotaba por la puerta del apartamento que había quedado abierta.

CAPITULO III

Míster Logan sonrió ligeramente bajo su recortado bigote rubio canoso.

Tenía las manos muy cuidadas y el rostro su raido por arrugas. Viéndole, se le podía imaginar luciendo un uniforme del ejército colonial Victoriano y una fusta de montar en la mano.

Fu realidad, Noah Logan había estado en las fuerzas de ocupación británicas bajo el cielo de Palestina y había sido también uno de los últimos soldados en abandonar Tel Aviv para que esta población quedara a merced de quien pudiera tomarla, y así comenzó la moderna guerra entre judíos y palestinos.

Noah Logan no habla sido el clásico coronel de las novelas de Rudyard Kipling sino un simple sargento; mas en el mundo de los negocios, las cosas le habían ido muy bien y se enorgullecía de ello.

Se sentía muy cómodo en su amplísimo y moderno despacho donde los costosos cortinajes, las finas maderas, las pieles auténticas para el tapizado de sillones, delataban su buen gusto.

Podía decirse que míster Logan cuidaba su imagen...

Delante de él, al otro lado de la mesa de caoba cubana comprada en un anticuario, había una mujer joven y bella, elegante y de apariencia delgada, aunque los senos se le marcaban bajo el vestido, unos senos erguidos que no necesitaban sujetador.

Los ojos eran de un azul verdoso cambiante según la luz ambiental. No podía decirse que míster Noah Logan fuera un ser excepcional al sentirse atraído por ella y la mujer se daba cuenta, aunque estaba acostumbrada a ser devorada por las miradas masculinas.

—Sus referencias son muy buenas, miss Fergus.

—Gracias, y si le es más cómodo puede llamarme Sheila.

—¿Su nombre de guerra?

—Es el nombre por el que me conocen mis amigos.

—¿Traía a los clientes como amigos?

—Es una excelente forma de vender, la frialdad hay que dejarla para los funcionarios oficiales.

—Sí, es distinto en la vida comercial de libre acción: no obstante...

Ante el gesto dubitativo del hombre, ella preguntó:

—¿Ocurre algo, algún requisito imprescindible?

—La verdad, cuando me la recomendaron creí que era usted más, ¿cómo diría?

—¿Mayor?

—Pues sí.

—Tengo suficiente experiencia comercial, he viajado mucho y conozco el trato que debe darse a cada cliente.

—Sí, sí, pero es mucha responsabilidad. Nosotros queremos una

selectividad.

—Si le inquieta mi aspecto, me compraré una peluca que me envejezca un poco. Tengo mis experiencias en teatro de aficionados.

—Ya, es usted polifacética.

—Hay que serio en esta vida para seguir adelante.

—Bueno, no se trata de contratar los servicios de una secretaria, ya tengo personal femenino en mi administración; quiero alguien especial en quien poder confiar, alguien que tenga personalidad y agudeza para percatarse de que algo puede fallar. No obstante, ante una duda, siempre podrá telefonear a mi abogado que la atenderá perfectamente para clarificar cualquier situación.

—En ese caso, los problemas son menores. Naturalmente que si usted cree que no soy la persona idónea, pues encantada de haberle conocido.

Ante el gesto de levantarse que hizo Sheila Fergus, míster Noah Logan se apresuró a decirle:

—No, no ha terminado la entrevista. Es cieno que podría decirle que le responderemos por carta.

—Es lo que suele hacerse y en la mayoría de los casos ustedes los empresarios no responden y no es que me haya sucedido a mí, he tenido siempre suerte, pero lo sé por otras personas.

—Veamos, míster Logan, pero a usted no podría venderle una de las oficinas del Midas Building.

—Ah, no, ¿por qué?

—Porque usted no tiene suficiente entidad para ocupar una de las oficinas del Midas Building.

—¿Cómo se atreve?

Un ramalazo de ira, de ambición frustrada, cruzó por la mirada antes condescendiente y apacible de míster Logan; mas, al ver la sonrisa picara de la magnífica Sheila, él abandonó su reacción primera y estalló en una carcajada mientras se echaba hacia atrás, amoldando su espalda al alto respaldo de su butaca.

—Es usted magnífica. Sheila, sencillamente magnifica. Ha pasado por la prueba brillantemente engañándome a mí, al gerente de la inmobiliaria Midas Building Sociedad Limitada. Acepto su agudeza, basta que a un hombre con ambición se le diga que no puede comprar algo, un local, un apartamento o una joya por falta de entidad social, para que se empeñe más en comprarla.

—Exactamente, es lo que he pretendido. Si usted hubiera sido el posible cliente, entonces habría tratado de convencerme a mí de que sí tenía entidad social y económica suficiente para comprar; incluso, me amenazaría con contarles a mis superiores que yo le había tratado con muy poca cortesía. Se extendería en explicaciones para realzar su figura, su prestigio, y habríamos dado la vuelta a la situación. En lugar de tratar de convencerle yo de las excelencias de los locales a vender, él me daría explicaciones de lo importante que es, dando por sobreentendidas las cualidades de lo que yo le vendía. Es fácil, ¿no cree?

—Magnífico, tiene usted mucha psicología; sin embargo, si se presentara una ocasión distinta...

—¿Cuál?

Míster Noah Logan jumó sus manos, como meditando lo que iba a decir.

—Verá, no deseamos que compre el local de oficinas cualquiera que tenga dinero.

—¿Por qué?

—Selectividad, para que los demás se sientan mejor y el edificio conserve su prestigio.

—Pero si usted lo vende por locales, lo que ocurra después...

—No, no lo venderé todo, el sitio me gusta y conservaré una parte de él. En fin, que no deseo que se instale alguien que pueda ocasionar problemas o desmerecer al edificio.

—Eso nunca se puede saber, las sorpresas se producen luego. Además, quien compra puede revender a quien le apetezca.

—Es cierto, hemos de contar con ello, pero de principio hay que hacer una selección. Hay algunos tipos de oficinas que no deseo que se instalen aquí, sólo quiero que se monten empresas o representaciones muy solventes y reconocidas, con prestigio.

—Bueno, pues se habrá de hacer un estudio de las posibilidades de cada futuro comprador, sea persona o entidad jurídica.

—Exacto. Un sociólogo ha hecho un estudio respecto a la serie de personas o entidades que no deseo que se introduzcan aquí y le será entregado para que usted sepa a qué atenerse.

—Si ésas son las normas a seguir, es un problema, porque cuando algo se pone a la venta, cualquiera que pueda pagarlo tiene derecho a comprarlo. Estamos en una nación libre y democrática.

—Sí, pero como los precios no están asequibles, entre otras cosas porque cada local tiene sus distintas particularidades.

—Ya, se puede pedir un precio tres veces superior al de venta real y un precio desorbitado echa atrás a los compradores.

—Sí, y si es la clase de comprador que no interesa, tampoco importa que lo divulgue. Lo que no se puede nacer es dar facilidades al hablar de precios por teléfono o con desconocidos.

—Perfecto, míster Logan, usted es el vendedor. Si desea confiar en mí, yo le facilitare la operación. Después, cuando el entendimiento y la selección estén avanzados, le entregaré los dientes a usted y a su abogado para que ultimen el trato de compra-venta.

Bien, bien, Sheila, lo cierto es que no me queda más remedio que confiar en usted después de las recomendaciones que tiene, esa belleza que salta a la vista, también su elegancia y estilo y, por encima de todo, la lección que me ha dado.

El propio míster Noah Logan acompañó a Sheila al despacho que la vendedora del edificio ocuparía durante la operación, un despacho que se

hallaba en el gran hall donde ya había un conserje vigilante que saludó respetuosamente al gerente de la compañía y a su vez uno de los propietarios del magnífico Midas Building.

El despacho era moderno, decorado en blanco, naranja y color cuero, con suelo de parquet de roble color claro. Estaba lejos de ser el lujoso despacho de Logan, pero a Sheila Fergus le pareció muy confortable y así lo expresó.

—Hum, se puede trabajar bien aquí.

—Me alegro que le guste. Inmediatamente le imprimirán unas tarjetas con su nombre representando a la empresa y mañana por la mañana el arquitecto pasará por aquí para mostrarle el edificio y explicarle todos los detalles para que usted pueda repetirlos con matices especiales según la situación y sé que lo sabrá hacer muy bien ante los posibles clientes.

Sheila se quedó sola en el despacho.

Se sintió bien consigo misma, con el empleo conseguido. Sabía que podía obtener unos buenos ingresos, el edificio era singular y lujoso y la venta de los locales de oficinas proporcionaría muchos millones.

Cada planta era amplia en sí misma, pudo comprobarlo mirando unos planos colgados de la pared. Cada plano, una planta, y aquellos planos estaban también archivados en grandes carpetas.

Cada planta tenía la posibilidad de convertirse en tres oficinas distintas salvo que una sola empresa deseara adquirir más de un solo local. Según podía verse en los píanos, todo era amplio, con escasas columnas de sostén. Las mamparas para las divisiones del local se colocarían a voluntad de la empresa que comprara.

—Bueno, bueno, bueno, hay que vender a lo grande... —se dijo Sheila—. Habrá que preparar una campaña de anuncios en los periódicos de la City, primero a nivel del Reino Unido y luego en los principales periódicos de Europa por si alguna empresa extranjera quiere tener aquí una representación, también en América y en los países árabes con petrodólares, gente selectiva y que pueda pagar.

Sobre la mesa tenía un buen número de carpetas, los precios no le habían sido dados aún. También tenía dos teléfonos, uno que figuraría en los listines y tarjetas y otro privado que se daría con cuentagotas, sólo apto para llamadas de gran interés.

Golpearon a la puerta y Sheila se quedó sorprendida.

—Adelante.

Apareció el conserje con su gorra de plato en la mano. Era un hombre de unos cuarenta años, muy alto y recio.

—Miss Sheila, si necesita algo sólo tiene que llamarme por el interfolio que está en la pared.

—Ah, sí —aceptó Sheila, comprendiendo que míster Noah Logan ya le debía haber hablado de ella.

—Si le hace falta algo, lo pide. En realidad, el edificio está muy solitario. Yo también soy nuevo, aunque hace algo más de un mes que estoy empleado

eh la empresa.

—Espero que sea por mucho tiempo —le dijo, amistosa.

—Eso espero yo también, miss Sheila. Ahora, el Midas Building está vacío; durante el día sólo vienen algunos trabajadores, ya sabe, electricistas, pulidores, carpinteros para ultimar detalles. Míster Logan es muy exigente y quiere que todo esté en perfecto estado de funcionamiento.

—Es natural. ¿Cómo se llama usted?

—Percival.

—Bien, Percival. Y además de los industriales que vienen a rematar el edificio para dejarlo a punto, ¿hay alguien más?

—La oficina personal de míster Logan. Tiene un secretario y dos chicas administrativas.

—¿Nadie más?

—Nadie más; precisamente, se han marchado ya.

—Y usted, ¿a qué hora se va?

—Mi horario termina a las cinco de la tarde, pero míster Logan sabe que si tengo que quedarme algunas horas más para el cierre, lo hago.

—¿Se puede subir por las plantas a darles un vistazo?

—Naturalmente, miss Sheila, puede usted subir cuando guste. Si lo desea, la acompaño.

—No, Percival, no es necesario, iré sola. Es por pasear un poco.

—No cerrare las puertas hasta que usted haya salido.

—¿A qué hora viene por la mañana?

—A las nueve en punto, miss Sheila.

—Puede marcharse, Percival, yo también tengo un juego de llaves.

Le mostró el manojo de llaves que había encontrado en su mesa. Cada llave tenía una numeración, fácil de correlacionar con las puertas del Midas Building.

—No se va a quedar usted sola, miss Sheila.

—¿Por qué no? —Se rió levemente—. No va a ser la primera vez que esté sola, es posible que tenga que hacer visitas aquí en días festivos o. en horas que usted no esté, todo depende de los clientes. Vamos, vamos, no se preocupe por mí.

—El edificio es grande y aunque controlo todas las entradas y salidas, nunca se sabe, siempre puede quedar algún gracioso.

—No creo. ¿Dice que los que han entrado ya han salido?

—Así es, miss Sheila.

—Si lleva bien su trabajo no hay por qué preocuparse. Percival, puede marcharse. Yo quiero familiarizarme con el edificio, creo que para hablar bien de él debo encariñarme primero con él.

El conserje comprendió que no debía insistir más. Después de míster Logan, Sheila iba a ser el personaje más importante en el Midas Building, ya que era la persona en quien depositaba su confianza el gerente, que aunque no era el único propietario, sí tenía los poderes en su mano.

Sheila Fergus deseaba palpar por sí misma, con las manos y con todo su cuerpo, el ambiente en el que iba a desenvolverse. Se le antojaron ridículas las prevenciones del conserje Percival por dejarla sola: sabia cuidarse, por lo menos así lo creía.

Con el manojo de llaves en la mano, se dirigió al ascensor.

Notó que estaba sola en el edificio, era algo que se captaba más allá del sentido de la vista y algo en su interior le produjo desconfianza. Se dijo que sería por causa de Percival que, seguramente sin proponérselo, le había provocado inquietud.

Un edificio vacío siempre imponía respeto y cuanto mayor era, peor; sin embargo, había algo y muy importante a su favor y ello era que el Midas Building era un edificio totalmente nuevo y moderno, nada en él hacía pensar en un pasado oscuro ni enigmático.

Fue hacia la pared donde había cinco ascensores, uno de ellos triple para ser utilizado como montacargas.

Intentó abrir puertas y se percató de que no funcionaban. Comprendió que Percival debería haberlos desconectado, ya que en realidad el edificio aún no había entrado en funcionamiento.

Le molestó aquella situación y estuvo a punto de desistir de darse un paseo por el interior del edificio, pero optó por subir andando por las amplias escaleras.

Las luces sí funcionaban y las fue abriendo además de las automáticas de los rellanos.

Le gustó cómo había quedado todo, lo cierto era que allí habían puesto muy buen gusto, estilo y dinero dentro de lo que debían de ser unos locales para oficinas que luego serían transformadas a gusto de los compradores, pero de base, suelos, paredes, servicios, calefacción, luces, todo estaba al último grito de la técnica y de la moda.

Se enfrentaba con amplios espacios abiertos, salas de más de sesenta metros cuadrados.

Abría una puerta tras otra para ver lo que había tras ellas cuando, de pronto, al abrir una de las mismas, se quedó como petrificada un instante con los ojos muy abiertos, incapaz de parpadear.

De espaldas a la pared, como pegado a unos cuadros de controles eléctricos, había un hombre, un hombre con el rostro y las manos ennegrecidas, los ojos abiertos y el rostro desencajado por el dolor. Un hombre muerto, carbonizado.

Sheila, que no esperaba tan horrible hallazgo, lanzó un grito que ensordeció sus propios oídos, un grito que se metió en su cráneo y desestabilizó todo su circuito de neuronas, un grito que semejó infundir vida al muerto, pues se inclinó hacia ella desprendiéndose de la pared y de no dar un paso hacia atrás, le habría dado en el vientre con la cabeza.

Volvió a gritar y salió huyendo de aquel lugar, pero al correr, su sentido de la orientación debió de desordenarse, porque abrió inútilmente puertas que no

conducían a la escalera, sino a dependencias de asco y a otras salas.

Oía sus propios pasos como si no fueran suyos, como si alguien estuviera corriendo tras ella, como si el propio muerto carbonizado tratara de alcanzarla con sus manos ennegrecidas, convertidas en garras.

Sheila estaba aterrorizada, pero consiguió llegar hasta un rellano de escalera.

Se abalanzó contra la puerta del ascensor y se quedó allí jadeando, casi sin respiración. Sus pulmones reclamaban oxígeno con violencia.

Dio un puñetazo contra la puerta metálica del ascensor, una puerta que no se abriría para ella; mas, de pronto, la luz roja del ascensor se encendió, poniéndose en marcha sin que ella lo hubiera llamado pulsando el botón correspondiente.

—Percival —musitó, como si el conserje fuera su salvación.

Notó que la máquina zumbaba, que la cabina y los contrapesos se desplazaban por el foso y los cables se deslizaban por las poleas; todo cuanto en un día normal no hubiera escuchado, ahora, en el opresivo silencio del edificio vacío, lo captaba con los oídos, con las yemas de sus dedos.

Vio los mecanismos de la parte superior de la cabina a través del cristal rectangular y alargado que había en la puerta metálica.

La luz de la cabina comenzó a verse. Sheila se situó frente al cristal de la puerta y entonces pudo ver a quien llegaba en el ascensor.

La imagen que se incrustó en sus retinas a través de las niñas de sus ojos, le heló la sangre. Todo comenzó a bailar alrededor suyo como si hubiera sido colocada a bordo de un pequeño barco pesquero en medio de una tempestad oceánica.

Aquel rostro era horrible, estaba quemado y a la vez fosforescía.

La boca era una mueca sarcástica, terrible. Los cabellos estaban chamuscados como si acabaran de quemarse en aquellos instante?;.

Sin duda alguna era un fantasma, un ser muerto, pero viviente que la miraba, un espectro que iba a abrir la puerta de un instante a otro para abalanzarse sobre ella.

—¡Nooo!

Sheila, reaccionando, corrió hacia las escaleras y se precipitó por ella saltando los peldaños, agarrándose al pasamanos de trecho en trecho porque se veía a sí misma precipitándose de cabeza contra los escalones.

De esta forma consiguió llegar al hall. Corrió hacia su despacho y cuando iba a abrir la puerta, escuchó el ruido metálico que hizo la puerta del ascensor al abrirse.

Se volvió y pudo ver que, efectivamente, la puerta del ascensor acababa de abrirse y de su interior salía aquel horrible y fantasmagórico ser.

El espectro avanzó hacia Sheila.

Comenzó a reír sarcásticamente en tono bajo y fue aumentando la potencia de su carcajada como si quisiera dar a entender que la muchacha estaba perdida.

Con el manojo de llaves en la mano, Sheila corrió sobre el suelo enmoquetado hacia la amplísima salida, cerrada con puertas de gruesos cristales, a prueba de balas.

Cogió el gran tirador de acero inoxidable y trató de abrir la puerta; no lo logró y aquel ser tan horrible, como medio quemado, avanzó hacia ella haciéndole gritar a espasmos.

De pronto, Sheila se dio cuenta de que tenía el manojo de llaves en la mano. Sin saber cuál era la que debía usar, metió una en la cerradura y, por suerte, dio la casualidad de que la cerradura cedió.

Abrió la puerta de cristal y saltó los peldaños que bajo una amplísima marquesina daban a la calle.

Casi se dio contra un auto estacionado en infracción frente al Midas Building. Jadeante, se volvió hacia la puerta y cuando creyó que iba a ver al pavoroso espectro tras los cristales, sólo vio luces.

Se inclinó sobre el capó del coche y comenzó a sollozar convulsivamente, vomitando el terror que se había molido en su cuerpo.

CAPITULO IV

Sheila se despertó con fuerte jaqueca.

Vivía sola en un apartamento de un edificio que no era ni mucho menos nuevo, pero sí había sido modernizado y adaptado para ser confortable.

En aquel edificio, los pisos habían sido amplísimos, pero la mente reductora de un grupo de arquitectos pragmáticos había conseguido que los enormes pisos de techos altos se convirtieran en confortables apartamentos de estilo americano, pero con el inconfundible y elegante sello británico.

Miró en derredor. Una luz había quedado encendida durante horas y horas sin que ella lo hubiera notado antes. Aspiró hondo y notó la boca seca, con un sabor a estómago vacío.

Se levantó y sin tomar bata alguna, se dirigió como un fantasma al cuarto de baño. Se quitó el camisón y ofreció su cuerpo joven, elástico y desnudo, a los chorros de la ducha.

El agua templada bañó su cuerpo y no le importó mojar sus cabellos, poseía un excelente secador en el apartamento.

Le agradó el contacto del agua golpeando su cabeza y su rostro, obligándole a cerrar los ojos. Entreabrió los labios sin dejar, sin embargo, que la boca se le llenara de agua.

El agua resbaló por sus hombros, por sus senos y descendió hacia su vientre prieto y tenso.

Seca ya, cubriendo su femineidad con una bata suave, dentro del apartamento bien caldeado por su sistema de calefacción por aire, se movió en la pequeña cocina para prepararse un café bien cargado. Pronto, la estancia olió a café, a bacon, a manteca que caliente serviría para hacerse unos huevos. De una botella de boca ancha que tenía en el frigorífico, se sirvió un vaso lleno de leche.

Buscó el tubo de aspirinas y tomó una tableta. Miró la hora en su reloj moderno y de acero inoxidable, eran las siete de la mañana.

Desayunó sin apetito, en realidad se impuso la obligación de comer para asimilar mejor las aspirinas y junto con el café, despejarse y expulsar de su cráneo la jaqueca.

La noche anterior, sin cenar, se había refugiado en la cama tomándose una ración doble de somnífero. Sabía que aquello era arriesgado, pero todavía temblaba ante las experiencias vividas.

En aquellos instantes, no quiso saber nada de llamar a la policía ni a nadie. Ansiaba escapar y fue una de las pocas veces que notó la soledad de su apartamento, confortable pero frío, huérfano de calor humano. Se dijo entonces que hubiera sido mucho mejor tener un compañero al que poder hablar con toda confianza, sin inhibiciones.

Cuando creyó que su cabeza coordinaba mejor, se peinó el cabello ya seco. Tomó la guía de teléfonos, buscó el nombre que deseaba y gracias a que

conocía la dirección que buscaba, lo localizó. Marcó los guarismos y esperó.

—Residencia Logan, ¿diga?

La voz era femenina, supuso que correspondía a una empleada de la residencia.

—Quiero hablar con míster Logan.

—Imposible, no son horas de llamar —le replicó la empleada.

—Es urgente.

—Lo siento, míster Logan no está.

Sheila exhaló un suspiro de contrariedad.

—Mire, no la molesto porque sí. Me llamo Sheila Fergus y tengo que decirle algo muy importante a míster Logan.

—¿El la conoce a usted?

—Dígale que se trata del Midas Building.

—Un momento, por favor, no se retire, veré si míster Logan está en la casa —le dijo la empleada tras dudar unos instantes.

Sheila dejó pasar los segundos que se le antojaron eternos.

Sin soltar el auricular, buscó con la mano los cigarrillos y el encendedor. La llamita larga y azulada puso el color rojo en el extremo del pitillo.

—¿Sheila?

—¿Míster Logan?

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Míster Logan —apartó el cigarrillo de su boca y expulsó el humo por la nariz, como dándose tiempo, lo que creó una pausa que impacientó al hombre que se hallaba al otro lado del hilo.

—Sheila, ¿está ahí?

—Sí, sí, míster Logan. Verá, ayer me quedé sola en el Midas Building.

—¿Y?

—Bueno, el conserje no se quería marchar, pero yo le dije que mejor se fuera, que quería estudiar planos y folletos.

—Está bien, pero dígame qué es lo que ha pasado.

—Míster Logan, descubrí, descubrí un cadáver.

—¿Un cadáver, dice? ¿Ha dormido usted mal?

—He dormido gracias a un somnífero, míster Logan.

—¿A quién le ha dicho eso, ha ido a la policía?

—No, no, quería comunicárselo primero a usted.

Bien, bien hecho. Dice que un cadáver, ¿está segura?

—Si, en el primer piso. Estaba en un closet donde había paneles eléctricos, creo que de la refrigeración y controles.

—Bien, no diga nada por el momento y a las nueve, preséntese en su despacho con normalidad.

—Es que hay otra cosa, míster Logan.

—¿Qué es lo que hay? —preguntó, ya casi al borde de la irritación.

—En el ascensor vi, vi, ¿cómo se lo diría a usted?

—Seguramente no vio nada. Después de ver el cadáver que asegura haber

descubierto, sufriría una alucinación. Es una situación frecuente en un edificio completamente vacío. Suele pasar más en los edificios viejos, pero en los nuevos y grandes también puede ocurrir. Cuando caminamos, siempre creemos que alguien nos sigue, que alguien camina detrás de nosotros o que se ha movido una sombra en algún rincón.

—Es que...

—Vamos, vamos, tómese un analgésico. Es usted una mujer formidable, muy inteligente, y no creo que el hallazgo de un cadáver vaya a afectarla demasiado.

—No, pero...

—Ni pero ni nada, un poco de diversión es lo que necesita ahora. Si fuera por la noche, le enviaría alguna invitación para una sala de fiestas, pero como es por la mañana, sólo puedo recomendarle que mate un poco el tiempo con unas musiquillas facilonas y la lectura de una revista de humor. Ah, por favor, no compre un periódico serio, le llenaría la cabeza con más tragedias, sólo hablan de muertes.

Prácticamente, míster Logan le colgó el teléfono.

Sheila miró el auricular desconcertada, como si esperara más de él y la hubiera defraudado.

Siguió fumando, pensativa, y su dolor de cabeza bajó de intensidad.

Se acercó a una estantería-librería y puso en marcha un aparato de cassettes de alta fidelidad. La música sonó envolvente por unos altavoces estratégicamente distribuidos por todo el departamento.

Buscó un libro, quiso leer, mas no consiguió meterse en la temática. Poco a poco, se fue sintiendo mejor, más ligera.

En un caballete tenía colocada una tela en la que solía pintar en ocasiones para desahogar sus sentimientos y junto a ella, una caja de pinturas acrílicas. A Sheila le agradaban más porque sus colores resultaban más vivos y luminosos, más a lo Gauguin. No era Londres la mejor ciudad para seguir la línea postimpresionista del gran pintor parisino, pero Sheila era una simple aficionada que pintaba para ella misma y las imágenes las sacaba de su fantasía, sin modelo alguno.

De esta forma, se plasmaban mucho mejor los sentimientos que la complacían o agobiaban mientras manejaba los pinceles, unos pinceles que podía lavar con agua, era otra de las ventajas de utilizar aquel tipo de pinturas.

En la tela había un sol de fondo, un sol grande y delante de este sol, como el esbozo estilizado de una figura humana sin sexo.

Añadió unas pinceladas y no tardó en darse cuenta de que incidía en los tonos demasiado oscuros, incluso en el rojo, y prefirió dejarlo. Daba la sensación de que aquella figura humana quedaba ensangrentada.

Más tranquilizada por el sueño a base del somnífero, la ducha, el desayuno y el analgésico, tomó su pequeño automóvil y con él llegó frente al Midas Building.

Aquel edificio tenía una pequeña zona en un área que correspondía a

jardinería y que se utilizaba como estacionamiento provisional de vehículos hasta que se pusiera en marcha el parking subterráneo.

Cuando aparcó, quedó un tanto perpleja. Esperaba ver a la policía en la puerta, era lo lógico, incluso a un furgón para llevarse el cadáver y hasta quizá algún periodista que quisiera hacer una pequeña mención del suceso.

Sheila se había preparado para responder a las preguntas; no tenía nada que ocultar a la policía y explicaría claramente que no se había sentido con fuerzas para llamarles la noche pasada. De lo que no estaba muy segura es si iban a creerla cuando contara que había un espectro terrorífico que la había perseguido.

El propio míster Logan no la había dejado explicarse al respecto. ¿Llamarían a un psiquiatra? Temió que ocurriera tal cosa.

Empujó la puerta de cristal y ya dentro del hall descubrió a un policía de uniforme que la miró.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió el agente.

—¿Está míster Logan?

—¿Míster Logan, se refiere al gerente?

—Sí.

—No, no está, pero el conserje bajará en seguida. ¿Quién es usted?

—Sheila Fergus.

—Ah, sí, miss Sheila Fergus. Usted es la jefa de ventas, ¿no es así?

—En efecto.

El policía fue a decir algo, pero en aquel momento aparecieron Percival, dos camilleros y dos hombres vestidos de paisano, uno mucho mayor y de aspecto respetable. La miraron y nada le dijeron, a excepción de un saludo cordial.

Percival les acompañó hasta la puerta y el agente se marchó con ellos. Sheila y Percival quedaron solos en el vestíbulo.

—¿Qué ha pasado?

—No se preocupe, miss Sheila.

—Pero el muerto...

—Dentro de poco vendrán a recogerlo, el juez ya ha dado su autorización para que lo trasladen a la Morgue. Seguramente le harán la autopsia, era un técnico electricista. Ha sido un accidente lamentable, es lo que va a determinar el juez.

—¿Un accidente, seguro?

—Sí, debió de quedar atrapado por error en los bornes de la corriente, una desgracia. No es raro que un técnico electricista quede carbonizado por la electricidad, su gran amiga y enemiga a la vez.

—Y la policía, ¿me hará preguntas?

—No, no creo. Les he dicho que el cadáver lo he descubierto yo y que inmediatamente he llamado a la policía.

Sheila Fergus se quedo mirando al conserje; se sintió molesta y así lo

manifestó.

—El cadáver lo descubrí yo. No es que sea un mérito sino un disgusto, pero no veo el motivo por el que había de ocultárselo a la policía.

—Si la he molestado, usted disculpe, pero he cumplido las órdenes de míster Logan que no deseaba que Scotland Yard la molestara a usted con preguntas. Soy el conserje y además el guarda general del edificio; es lógico que sea yo quien encuentre algo como lo que usted tuvo la desgracia de descubrir.

—Sí, pero yo no he podido ocultarme de la policía y me siento como un poco culpable.

—¿De qué, miss Sheila? Usted no ha hecho nada malo. El técnico electricista tenía que reparar algunas cosas y sufrió un accidente sin que nadie se diera cuenta de ello, posiblemente tuvo un paro cardíaco, es lo que han dicho, y por ello no pudo gritar pidiendo auxilio.

—¿Está míster Logan?

—No, pero mire, ahí llega el arquitecto Garret.

Sheila miró al hombre que se dirigía hacia las puertas de cristal.

Vestía en forma deportiva, pantalones y jersey. Era joven y de aspecto dinámico, tenía un abundante cabello oscuro, bigote y barba recortada que le daba un aire de profesor.

El varonil arquitecto, que en nada recordaba a un hombre oscuro y encogido sobre los planos, entró en el hall.

—Buenos días. ¿Cómo ha sido lo del electricista muerto?

La pregunta fue hecha a boca de jarro. Percival, sin apresurarse, respondió:

—Debió de dar un paso en falso dentro de uno de los closets con controles eléctricos y nadie se percató de lo que había pasado.

—Vaya, sí que es lamentable. —Miró hacia la muchacha, de cabello rubio y ojos azul verdosos, de tonalidades cambiantes, y preguntó—: ¿Es usted miss Sheila Fergus?

—Sí, ¿le han hablado de mí?

—Míster Logan me llamó ayer por teléfono para que viniera a mostrarle el edificio en detalle, con todas sus virtudes.

—Y defectos —puntualizó ella, añadiendo—: Prefiero conocer sus defectos antes de que me los descubran los clientes.

—De acuerdo. Esta mañana también me ha llamado míster Logan explicándome lo ocurrido y pidiéndome que la ayude y tranquilice. No es bueno eso de encontrarse con un muerto en un edificio por vender.

Se separaron de Percival. Los ascensores funcionaban, entraron en uno de ellos y el joven arquitecto la condujo a la gran terraza donde había un lago con distintos niveles para provocar cascadas artificiales.

—Bonito, ¿no?

—Sí, pero ¿para qué ha de servir?

—Puede ser para recibir visitas en verano. Aquí arriba se instalará un restaurante apto para trescientos comensales. Podrá contratarlo para sus

recepciones cualquiera de las empresas que se instalen en este edificio, una especie de club exclusivista.

—La verdad es que es muy bonito. ¿Todo lo ha hecho usted?

—No, soy el ayudante del arquitecto jefe; en realidad, pertenezco a un taller de arquitectos, aunque, por supuesto, he participado en la obra y una vez rematada se me encarga de su mantenimiento durante diez años. No le será difícil vender estos locales, aunque supongo que serán caros por pie cuadrado.

—Yo también lo creo, lo cieno es que todavía no conozco los precios.

—La empresa es de dos hombres como accionistas mayoritarios y de pequeños accionistas que forman la sociedad anónima.

—Míster Logan, ¿y quién más?

—Míster Hamilton, pero, desgraciadamente, éste murió. Ahora, la socio mayoritaria de míster Logan es la viuda Hamilton.

—¿Hace poco que murió míster Hamilton?

—Sí, ha sido un suceso muy desagradable al que han procurado echar tierra. Murió en un pequeño apartamento, un nido de amor que tenía al margen de su residencia familiar.

—¿Había alguna mujer con él?

—Sí, una tal Gia.

—¿Ataque cardiaco?

—No, murió quemado» no se sabe exactamente cómo. Debió de ser una muerte horrible. La amante pidió ayuda y los vecinos, con los extintores de seguridad de la escalera, consiguieron apagar el fuego antes de que se propagara por el apartamento, aunque parte de éste resultó quemado.

—Me cuenta esa muerte por algo, ¿verdad?

Clint Garret se acercó a la baranda de acero y hormigón. Prolongó su mirada hacia los tejados de la ciudad, podía hacerlo porque se hallaba por encima de la altura normal.

—El electricista ha muerto carbonizado y eso es como morir quemado.

—¿Ve alguna relación?

—Le voy a ser franco. —Garret se volvió hacia ella, escrutándola con sus ojos oscuros—. No le diga a míster Logan lo que voy a contarle.

—Seré una tumba.

—El electricista no es el primer muerto que ha habido en la construcción de este edificio.

—Bueno, creo que no es rara la muerte de un obrero en una construcción grande.

—No, no es rara, pero aquí ya ha estado investigando Scotland Yard y los del departamento de Sanidad y Segundad en el Trabajo. Han muerto ya tres obreros y el electricista, cuatro.

—Son muchas.

—Así es y se da la extraña circunstancia de que todos han muerto quemados.

Aquello preocupó a Sheila muchísimo más aún.

—¿Seguro que quemados?

—Sí. En una ocasión, explotó un bidón de combustible y dos obreros perecieron abrasados.

—¿Y el obrero que falta?

—Fue el guarda. Había encendido una hoguera con restos de maderas, lo que suelen hacer para calentarse. Debió de dormirse y cayó sobre la fogata. Al día siguiente se le encontró abrasado. Sólo tenía enteras las piernas, el resto puede imaginárselo.

—Horrible.

—Exactamente, ésa es la palabra: horrible. Es como si este edificio tuviera algo malo y desagradable, algo más allá de lo lógico.

—Ya lo he visto.

—¿El qué ha visto? —preguntó, interesado.

—El fantasma.

—¿El fantasma, quién se lo ha contado?

—Nadie, lo he visto yo, con mis propios ojos.

—¿Qué es lo que vio?

—Un fantasma. Oí sus pasos, le vi en el ascensor y caminó hacia mí. Me aterrorice y huí.

—¿Cuándo fue eso?

—Ayer noche, después de descubrir el cadáver del electricista.

—¿Seguro que no fue una alucinación después de ver el cadáver?

—No, no fue una alucinación, estoy segura de lo que vi.

—Y ese fantasma, ¿cómo era?

—Un ser fantasmagórico, un muerto viviente, un ser quemado o medio quemado. Se le veían parte de los cabellos quemados y el resto, chamuscados. El rostro era difícil de descubrir y a mí me aterrorizó.

—¿Dijo algo?

—No, pero clavó en mí unos ojos horripilantes, sin cejas ni pestañas, también quemados. Quería cogerme, lo sé, tuve que escapar corriendo. Si no llego a abrir pronto la puerta de cristal, me hubiera atrapado.

Clint Garret, pensativo, volvió a mirar hacia los tejados de la ciudad.

—Es extraño.

—¿Por qué?

—No es la primera persona que ve a ese misterioso personaje, ni siquiera se sabe si es hombre o mujer. ¿Podría usted decirlo?

—No, no podría asegurarlo. Estaba aterrorizada y huía.

—Dos hombres más lo vieron anteriormente. A uno se le acusó de borracho y se le despidió; creo que ahora debe de estar en un sanatorio antialcohólico.

—¿Y el otro?

—Fue el guarda que murió en la fogata.

Sheila notó que se le secaba el paladar.

—Entonces, ¿ese fantasma existe...?

—Es posible, pero yo no creo en fantasmas. Más bien me inclino a creer en un loco. El edificio es grande y una persona podría ocultarse en él y pasar largo tiempo desapercibida si se mueve con astucia.

—Pero ha de comer.

—Sí, ése es otro problema. ¿Ha oído hablar de dementes que han vivido ocultos en túneles, alimentándose de las ratas que cazaban?

—¡Qué monstruosidad! exclamó Sheila, estremeciéndose.

—Sí, es monstruoso. Hay personas que sólo aproximarse a una rata se contagian de las enfermedades que el sucio roedor lleve encima, pero otras se las comen y no les pasa nada, tienen unas defensas naturales a prueba de todo. Ese hecho se ha demostrado repetidamente durante las guerras.

—Entonces, ¿cree que en este edificio habita un loco que vive por los sótanos?

—En una ocasión, con el pretexto de revisar cimientos, recorrí los sótanos y los subsótanos con una brigadilla de obreros. Lo revisamos todo, palmo a palmo, y no descubrimos absolutamente nada.

—¿Debajo del edificio hay agujeros?

—Sí. —Garret se apoyó más en la baranda y prosiguió—: Este edificio no se ha levantado en un lugar de tierra virgen; antes, aquí hubieron distintas casas. El edificio coge casi una cuadra, aunque parte de la misma se ha destinado a jardinería en compensación del volumen edificado en vertical. Así, el edificio adquiere mayor perspectiva y estética. Se arrasaron las antiguas edificaciones, pero más abajo se encontraron otras anteriores a las arrasadas, eran edificaciones pétreas. Se comprobaron sus cimentaciones, sus resistencias, y se optó por aprovecharlas como pozos de concreto armado. En fin, una serie de técnicas que no creo sea oportuno explicar ahora.

—¿Quiere decir que lo que había debajo no se quitó?

—Exactamente. Hay galerías, algunas de las cuales conducen a antiguos colectores de la ciudad.

—¿Y lo han dejado tan fácil para penetrar por el subsuelo?

—No, eso tampoco, cada galería fue cerrada con verjas de gruesos barrotes de acero y los accesos al parking y a la nave donde están los motores y las tripas del edificio están cubiertos con trampillas de plancha de acero. Los colectores que descienden de las plantas también tienen enrejados que impiden subir a los roedores por los sistemas de sifones; vamos, que iodo está muy bien hecho.

—Pero usted sigue creyendo que existe algo, ¿no?

—Es usted quien ha visto el fantasma y no yo, pero no se le vaya a ocurrir decírselo a nadie más. El Midas Building ¿cogería mala fama y la empresa perdería mucho.

—Comprendo, nadie debe saberlo.

—Nadie excepto la policía si es que se descubre algo que sea denunciable.

—Lo que es yo no me quedo más sola en este edificio.

—No pretendo asustarla, pero no estaría de más que tomara precauciones.

Cuatro muertos quemados y además míster Hamilton, aunque fuera lejos de aquí, son demasiados.

—Y se olvida del fantasma, que también parece quemado.

CAPITULO V

Sheila miró su reloj de pulsera de acero inoxidable, un reloj deportivo pero del que no se desprendía aunque tuviera que lucir en ocasiones vestidos de noche.

Se había esmerado en su atuendo, un complot de pantalones anchos color verde botella y encima un abrigo de astrakán que la cubría hasta por debajo de las rodillas.

Había sido invitada a una cena en la residencia de míster Logan, ignoraba con que motivo la organizaban, aunque sabía que no sería la única invitada.

Abandonó su apartamento, montó en su pequeño vehículo, muy útil para circular por la City, y se dirigió a la residencia de míster Logan, una mansión con jardín propio y un muro con rejas separándola de la calle.

Un guarda le abrió la puerta; junto a él, vigilante, había un mastín de pelaje negro y lengua rojiza.

—Siga adelante. Frente al zaguán ya verá la marquesina del parking.

Sheila reanudó la marcha y no tardó en ver la zona de estacionamiento iluminada por dos faroles de jardín. Observó que había ya varios automóviles, quizá era la última en llegar.

Estacionó su pequeño coche y se dirigió al atrio de la mansión.

La amplia puerta se abrió ames de que terminara de subir los peldaños y un estirado mayordomo salió a recibirla.

—¿Miss Sheila Fergus?

—Sí.

—Buenas noches, miss Fergus, haga el favor de entrar.

El mayordomo cerró la puerta y la condujo a una salita donde había varias personas. En la primera que se fijó fue en el joven arquitecto Clint Garret que vestía de smoking y estaba muy elegante.

—Buenas noches —saludó Sheila.

—Ah, aquí tenemos a miss Sheila —exclamó míster Logan, acercándosele; también vestía smoking.

Se estrecharon la mano y a continuación míster Logan pasó a presentarle a sus restantes invitados.

—Al arquitecto Garret ya le conoce, ¿verdad?

—Sí, me ha mostrado el Midas Building.

—Esta es mistress Hamilton, mi socio.

Se saludaron y míster Logan prosiguió con las presentaciones:

—Mi esposa Jennie.

—Encantada.

—El juez Window, precisamente tiene en sus manos el caso del electricista fallecido en el Midas Building.

—Un desgraciado caso —opinó el juez, un hombre de cabellos grises y aspecto afable, bondadoso.

Sheila los fue calibrando a todos. Jennie le pareció una burguesa que pretendía estar por encima de todo, una sofista acabada, pero bastaría rascar ligeramente con la uña de la cultura sobre su inteligencia y quedaría al descubierto que nada tenía debajo.

La viuda Hamilton era algo más difícil de catalogar; era una mujer con mucha intensidad en la mirada, recelosa y siempre al acecho. Se mantenía a la reserva, hablaba muy poco y aun siendo madura, se la veía hermosa.

No se comprendía bien por qué su fallecido esposo mantenía un nido de amor donde desahogaba su sexo con otras mujeres; tal descubrimiento debía haber sido un duro golpe para aquella mujer.

—Los sindicalistas han revisado las instalaciones y no han encontrado nada anormal.

—Es que no lo hay. Usted, Garret, sabe que se han tomado toda clase de medidas de seguridad para que nada sucediera a los obreros de la construcción, pero ha habido mala suerte.

—Cuatro muertos son demasiados —manifestó el juez Window.

—¿Y a mi marido no lo cuentan? —preguntó la viuda Hamilton.

—No, no lo contamos —puntualizó el juez Window—, aunque las circunstancias de su muerte todavía no están demasiado claras. El fiscal tiene dudas en su calificación y se tendrá que someter a un jurado.

—Pudo asesinarlo su amante —dijo la viuda Hamilton como una acusación.

—Pudo, pero la policía estima que no fue ella. Ha sido interrogada a fondo y se mantiene la hipótesis de un accidente. Se encontró un frasco de spray de los llamados gigantes, con una gran cantidad de alcohol, caído en el suelo y vacio. Esos frascos pueden dar muchos disgustos, basta la chispa de un cigarrillo encendido para que se inflamen.

—Será mejor no hablar de la muerte de mi marido —pidió la viuda Hamilton, encajada en una butaca.

A Sheila le pareció que míster Logan la miraba más a ella que a su propia esposa; evidentemente, era muchísimo más hermosa y elegante la viuda Hamilton que mistress Jennie.

—Bueno, dentro de unos pocos minutos iremos a cenar y luego, si su avión no sufre contratiempos, llegará nuestro invitado especial de esta noche —dijo Noah Logan.

Su esposa, entre divertida y molesta, dijo:

—¿Por qué no dices quién es de una vez?

—Todo llegará. Una cosa si puedo decir, todos los que estamos aquí sabemos algo sobre el Midas Building que no deseamos que se divulgue, algo que podría perjudicar este negocio de venta de locales para oficinas, por ello yo me esfuerzo en solucionar el problema.

—Las muertes en un edificio nuevo nunca son bien vistas, aunque si ha de ser utilizado para oficinas y no para residencia, no resulta tan molesto —objetó el juez Window, añadiendo—: Después de todo, la gente no se queda a

dormir allí.

—Han corrido rumores, rumores que podrían perjudicar mucho a la empresa, de que en el edificio hay un fantasma y, al parecer, un fantasma asesino.

—¡Noah! —exclamó su propia esposa, asustada.

—Creo que te lo había contado, ¿no?

—Pensaba que era una broma.

—¿Usted qué opina, miss Sheila, es una broma o no?

—Pues... —Le habían servido una copita de jerez seco que sostenía en su mano y la miró, evitando los ojos que se hallaban fijos en ella.

—Usted me contó que había visto un fantasma, ¿no es cierto?

—Pues sí.

Después, miró a Garret, como culpándolo de aquella especie de interrogatorio.

—La historia la inició un obrero alcoholizado. ¿Quién iba a creerle cuando sufrió ataques de delirium tremens? —expuso Garret, como queriendo indicar a Sheila que él no había contado nada de la conversación que ambos mantuvieran en su primer encuentro.

—Sí, y luego fue el guarda —añadió la viuda Hamilton, demostrando estar enterada de los hechos—. Me lo contó mi Charles antes de morir.

Míster Logan suspiró.

—Sólo faltaba que miss Sheila viera ese fantasma. —Se encaró con la muchacha y pidió—: Explíquenos cómo era.

—Pues no sé si era un fantasma, sólo sé que era un ser horrible y que parecía quemado o medio quemado. Pasé mucho miedo.

—En mi larga vida de magistrado, he oído hablar muchas veces de fantasmas, pero, personalmente, no creo en ellos. En varias ocasiones se ha demostrado que el supuesto fantasma era un vivo que pretendía asustar por algún motivo inconfesable.

—¿Y las ocasiones en que no se pudo demostrar tal cosa? —preguntó ahora Sheila, desafiante.

—Pues —hizo un gesto ambiguo— todos los casos no llegan a esclarecerse. Se ha hablado mucho de casas encantadas en nuestro país y en otras naciones, por supuesto más en Europa que en ninguna otra parte; esas casas encantadas sirven, como el monstruo del lago Ness, para atraer turismo.

—¿Todos piensan lo mismo que el juez Window? —preguntó míster Logan.

Las mujeres callaron. Clint Garret dijo:

—Yo no creo en espectros ni fantasmas, pero admito que en ocasiones se producen fenómenos inexplicables para la ciencia.

—Luego, ¿admite la paraciencia o la llamada parapsicología?

—Sí, ¿por qué no? No hemos llegado todavía al conocimiento total de las leyes físicas, químicas o bioquímicas y posiblemente otra clase de leyes que ignoramos. Partimos del error de que casi somos dioses, pero hay muchas

incógnitas que resolver pese a que no solemos admitir lo que no pueda repetirse en un laboratorio, es decir, lo que no pueda resolverse matemáticamente, pesarse o medirse.

—Bien, bien. Hoy día son muchos los que creen en los poderes de la mente, unos poderes más allá de los sentidos conocidos. Si usted, miss Sheila, le dijera a alguien que lo que vio fue una alucinación, provocada por su propio terror...

—¿Un ideoplasma?

—Hum, veo que si ha leído libios de parapsicología.

—No he llegado a tanto, lo leí en una revista.

—Bien, bien, pero no ha respondido a mi pregunta.

—Pues no, no creo que lo que vi fuera una imagen proyectada desde mi propia mente.

—¿Y por qué no?

—Porque el ascensor antes no funcionaba y luego sí funcionó y ese espectro horrible y quemado subió en el ascensor. Yo no podía poner en marcha un ascensor que estaba desconectado.

—Razona usted bien, miss Sheila, tiene la mente lúcida. Vamos a cenar ahora, luego seguiremos hablando. Este asunto no sólo me interesa mucho a mí, sino a la empresa, no es curiosidad morbosa, es que nos jugamos el prestigio de un edificio que vale mucho y puedo perder muchos miles de libras teniendo que vender los locales a la baja.

Pasaron al salón-comedor. Míster Logan lo había dispuesto lodo muy bien y la servidumbre de aquel millonario inglés atendió a los comensales con exquisitez.

Sheila observó que a Clint Garret lo habían sentado entre la viuda Hamilton y ella, y que esta prodigaba intensas miradas al joven arquitecto.

El juez Window estuvo muy justo en sus comentarios y durante la cena nadie habló de fantasmas, espectros ni gente que hubiera muerto quemada viva; pero cuando tomaban el queso del postre, el mayordomo se acercó a mister Logan y le habló en voz baja. Míster Logan se levantó y dijo:

—Ruego me disculpen un momento, en seguida estoy con ustedes.

Abandonó el salón-comedor y al poco regresó con un hombre pequeño y magro, de ojos diminutos y nerviosos, un hombre que juntaba sus manos.

—Ha llegado la visita que esperaba, les presento al profesor Wassermann.

—Buenas noches —saludó despacio, con acento germánico—. Siento no haber podido llegar antes.

—No se preocupe, profesor Wassermann. Tenemos una butaca para usted y champaña.

—Si no le molesta, preferiría tomar un brandy.

—Naturalmente. ¿Prefiere «Napoleón» a «Martel»?

—«Martel», si puede ser.

Mientras míster Logan en persona le servía, el juez Window se atrevió a preguntar:

—¿Es usted alemán?
—No, tengo ciudadanía suiza.
Míster Logan le tendió una gran copa en la que se movía el selecto coñac y presentó al profesor Wasserman sus invitados. Al final, explicó:
—El profesor Wassermann es un experto en espectrología, ocultismo y otras ramas de la paraciencia. No vayan a creer ustedes que es un charlatán, no, es catedrático de Universidad y pertenece a varios centros de investigación. Ha dado conferencias en la Sorbona, Oxford y hasta en la lejana Yale. He invitado al profesor Wassermann para que pase unos días en mi residencia como invitado y pueda investigar ese extraño y secreto fenómeno del fantasma del Midas Building. —Se encaró con el suizo y continuó—: Profesor, como ya le expliqué, tenemos un fenómeno desagradable que quiero que termine y, por supuesto, que no trascienda; este caso es secreto.
—Para ser secreto, somos muchas personas aquí —opinó el profesor, desplazando sus ojillos por todos los que le miraban a él.
—Son gente de mí absoluta confianza. Mi esposa, mi socia la viuda Hamilton, el arquitecto que cuida del edificio y que le proporcionará todos los informes que le pida y miss Sheila Fergus que es nuestra directora de ventas, una mujer muy hábil y gran psicóloga, además, la única de todos nosotros que ha visto al espectro.
Los ojos inquietos del profesor Wassermann se concentraron en Sheila como si quisieran perforar el cerebro de la joven y bella mujer.
—¿De veras lo ha visto, miss Sheila?
—Sí.
—¿Le importaría que comprobáramos esa cuestión?
—¿Duda de mi palabra?
—No, no dudo, pero podríamos diferenciar una alucinación de la verdad simple y llana —objetó el profesor Wassermann.
—¿Cómo?
—Hipnosis.
—No cuente conmigo.
—No le causaría ningún mal, miss Sheila, sólo reviviríamos el momento en que usted vio al espectro y podríamos sacar conclusiones.
—¿Le parece poco? No, no quiero revivirlo.
El profesor Wassermann miró a míster Logan como pidiéndole que intercediese y le facilitara la situación.
—Sólo serán unos minutos. Ya ha oído al profesor Wassermann, nada malo va a ocurrirle.
—Pienso que si miss Sheila no desea ser hipnotizada no hay que coaccionarla a ello —objetó el arquitecto Garret, lo que hizo que míster Logan frunciera el ceño, molesto.
—Puedo repetir otra vez lo que ocurrió —dijo Sheila—, no me hace falta la hipnosis, lo recuerdo muy bien. No permitiré que nadie se apodere de mi

mente.

—Debe usted tener alguna desagradable experiencia con la hipnosis para hablar así, miss Sheila —le observó el profesor suizo.

—No, ninguna.

—Entonces, ¿por qué está usted en contra de ella?

Se encogió de hombros y respondió:

—Quizá porque los que están a favor de la hipnosis son los que hipnotizan y no los hipnotizados.

—Ya le he dicho, profesor, que miss Sheila es una mujer muy inteligente y psicóloga. Vaya con cuidado o será ella quien le hipnotice a usted para acabar vendiéndole uno de los locales de mi edificio.

—Miss Sheila tiene prevención contra la hipnosis y yo quisiera poder demostrarle que no causa ningún problema. —Se acercó a la viuda Hamilton y le pidió—: ¿Le importaría ayudarme?

La viuda Hamilton esbozó una media sonrisa. Después, con mucha claridad, de forma que no dejaba lugar a dudas, dijo:

—Si lo que intenta es hipnotizarme, perderá el tiempo, no va a conseguirlo.

—Muy bien, magnifico —aprobó el propio profesor Wassermann con su acento germánico. La tomó de la mano y la hizo levantarse, centrándola en el comedor cuando ya habían sido retirados los servicios.

—Será mejor que pasemos a la biblioteca, allí estaremos mejor, ¿no les parece? —propuso míster Logan.

Todos abandonaron el comedor y pasaron a la biblioteca. Al profesor Wassermann le pareció bien el lugar y así lo expuso viendo la suave luz que allí había.

—Es más íntimo.

Mantuvo a la viuda Hamilton cogida de la mano, una mano de mujer blanca, de dedos redondeados, una mano algo blanda que desconocía el trabajo.

—¿Siente cansancio en los pies, mistress Hamilton? —preguntó el profesor Wasserman en medio del silencio profundo que se hizo en la biblioteca mientras míster Logan, anfitrión perfecto, servía unas copas y abría una tabaquera con cigarros y cigarrillos.

—Un poco.

—Verá como se le pasa el cansancio, mistress Hamilton.

—¿Cómo?

—Tiene que imaginar que se ha subido a una montaña de algodón.

—No puedo imaginármelo.

—Porque usted no quiere. Cierre los ojos con suavidad, sin hacer presión con los párpados, y fije su atención en los pies, en las plantas, en los dedos, en los tobillos.

—Ya lo hago —dijo ella con los ojos cerrados.

—Imagínese primero que sumerge los pies en una bañera con agua tibia y

sales aromáticas. ¿Le gusta el olor de la lavanda?

—Sí.

—¿Acaso le gusta más el limón?

—Sí.

—Y el pipermint, ¿más o menos?

—Más.

—Imagínese que el aroma es de menta, un aroma suave. Los pies se sienten mejor, mucho mejor. Respire despacio, muy despacio, cada vez más lentamente. Expulse el aire por entre los labios, más, más... Aspire ahora, llene sus pulmones despacio, pero no saque los pies de la bañera donde se siente muy a gusto.

—No, no los saco —dijo ella.

Los silenciosos espectadores se miraron unos a otros; comprendieron que la sugestión del profesor Wassermann estaba haciendo su efecto sobre la viuda Hamilton pese a que ella le había desafiado.

—Siga respirando despacio. Se encuentra muy bien, nada la perturba ni agobia, nada la molesta. Cuando tiene jaqueca, ¿qué toma?

—Optalidón.

—Pues como si se hubiera tomado un par de pastillas. Se siente tan bien que tiene deseos de reír.

La viuda Hamilton comenzó a sonreír con los ojos cerrados y terminó en una carcajada.

—Suave, suave —pidió el profesor Wassermann—. Ahora, cuénteme cuándo fue la última vez que se rió sola sin que nadie pudiera verla.

La viuda Hamilton cerró los labios, pero se le notaba una presión en ellos, como si quisiera estallar en una nueva carcajada y tratara de contenerse. El profesor insistió:

—¿Cuándo fue la última vez que se rió a solas así, como se ha reído antes porque se siente muy a gusto?

—El día del entierro de Charles, cuando regrese a casa y me quedé sola. —Y volvió a reír.

Míster Logan carraspeó y todos se miraron. Sheila puso cara de circunstancias.

—Todos ven la sinceridad de mistress Hamilton. Cuando despierte no se acordará de nada, será mejor que no le hablen de lo ocurrido. Lo cierto es que en la hipnosis salen a relucir hechos que solemos mantener ocultos. No era mi intención desvelar ningún secreto de mistress Hamilton. —Continuaba sin soltar la mano de la mujer—. Mistress Hamilton, ¿me oye?

—Sí, le oigo.

—¿El difunto míster Charles Hamilton le habló del espectro del Midas Building antes de fallecer?

—No, no me lo dijo, lo soñó.

—¿Y qué soñó su esposo, mistress Hamilton?

—Fuego, fuego, arde la casa, arde la casa, se quema, se quema...

—Siga, mistress Hamilton. Dice que había fuego... ¿Qué más decía míster Charles Hamilton en sus pesadillas?

—¡Redfinger, Redfinger, no mates a nadie, no mates a nadie! ¡Agggh!

—¡Profesor! —gritó la esposa de Logan, asustada ante el grito mezcla de terror y espanto que acababa de lanzar mistress Hamilton.

El profesor Wassermann hizo un gesto con su mano a Jennie, un gesto que iba dirigido a todos y con el que les pedía calma. Después, habló con voz convincente:

—Se encuentra usted bien, mistress Hamilton, los pies se le han descansado y los saca de la bañera despacio. Irá al salón comedor de míster Logan y al ver que allí no hay nadie, se dirigirá a la biblioteca donde encontrará a sus amigos. Les saludará y pedirá un jerez dulce. No recordará nada de lo ocurrido y, al saludar, despenará, despertará y se sentirá muy bien.

Mistress Hamilton abandonó la biblioteca y, entonces, Sheila se encaró con el profesor, molesta.

—¿Y usted pretendía hipnotizarme alegando que no pasaba nada?

—Ignoraba que la viuda Hamilton tuviera algo interesante que contar. Eso forma parte de la hipnosis, sale la verdad oculta en nuestro subconsciente. Ahora ya sabemos algo más, por ello quiero preguntar: ¿Quién es Redfinger?

—Hola —saludó la viuda Hamilton sonriente, de regreso a la biblioteca. Se encaró con míster Logan y pidió—: ¿Me sirve un jerez dulce?

CAPITULO VI

Pese a haberse acostado tarde la noche anterior, Sheila Fergus llegó a las nueve de la mañana ante Midas Building. Al ver al conserje Percival en la puerta, suspiró levemente. No le agradaba la idea de quedarse sola en el edificio.

Si unos días antes le hubieran preguntado si creía en fantasmas, se habría reído como respuesta; sin embargo, ahora ya no estaba tan segura. Dudaba de ella misma, incluso de lo que sus ojos habían visto.

Ya no se hubiera atrevido a jurar si el espectro que viera en el ascensor era real o una alucinación causada por el macabro hallazgo del cadáver carbonizado del electricista. No estaba segura de nada o quizá sí estaba segura de algo, era que el Midas Building le infundía recelo.

Temía quedarse sola en aquel edificio y sabía que aquello podía ocurrir en el momento menos pensado. Percival podía enfermar y pese a que durante las mañanas míster Logan tenía abierta su oficina allí mismo, por la tarde se quedaría sola.

—Buenos días, miss Sheila la saludó el conserje.

—Hola. Percival. Hace frío, pero un sol magnífico para este tiempo.

—Así es, miss Sheila; sin embargo, no hay que fiarse demasiado, quizá por la noche ya tengamos el cielo cubierto.

—Esperemos que no sea así. El Midas Building es más hermoso cuando le da el sol.

Se dedico a revisar los planos y los impresos de propaganda que tenía en el despacho.

Pensó que sumergiéndose en su tarca se olvidaría de otras preocupaciones que trataba de expulsar de su mente porque le producían insomnio.

Llevaba dos noches que había tenido que conciliar el sueño con somníferos y aquel sistema no le gustaba. Sheila sabía que era malo para la salud, pero peor, mucho peor era pasarse la noche sin dormir y temiendo ser sorprendida por los fantasmas que podía llegar a crear su propia mente, torturada por los últimos acontecimientos.

—Buenos días, miss Sheila.

Se volvió hacia la puerta y pudo ver a míster Logan, distinguido, autoritario y condescendiente al mismo tiempo, un hombre muy seguro de sí mismo.

—Buenos días, míster Logan. ¿Cuándo podré tener la lista de precios para iniciar la ofensiva sobre los posibles clientes?

—Hoy mismo. También le entregaré la lista de las compañías que ya se han interesado de una forma oficiosa por los locales del Midas Building y a las que en su día se les respondió que los precios no estaban fijados aún.

—Está bien, me comunicaré con cada una de ellas.

—Así lo espero. —Carraspeó—. Verá, miss Sheila, en cuanto a lo que se

supone que sucede o ha sucedido aquí, no debe trascender.

—Cuente con mi más absoluta discreción, míster Logan.

—Lo sé, pero no está de más insistir sobre este punto. La noticia de la muerte del electricista ha sido publicada en la prensa como una muerte por accidente laboral más, como debe ser, sin hacerla destacar. No creo que venga por aquí ningún periodista entrometido, pero si apareciera, quíteselo de encima con naturalidad y discreción, son muy quisquillosos e insisten más donde más se les niega la información. En cuanto el profesor Wassermann aparezca por aquí, acompáñelo a visitar el edificio, después ya me irá contando usted lo que él averigüe o diga, incluso sus comentarios.

—¿Por qué no se lo cuenta todo el propio profesor Wassermann?

—Eso espero, pero si usted me da su propia versión, sabré mejor lo que hace el profesor. Le he contratado para sacar este problema a flote, pero yo no creo mucho en esas cosas.

—El profesor Wassermann parece muy efectivo. Por cierto, ¿han averiguado ya quién es Redfinger?

—Sí.

—¿Y quién es?

—Trabajó en la empresa. Había sido marino antes, pero dejó de salir a la mar y trabajó un poco en la construcción de este edificio. Estaba alcoholizado y fue despedido, creo que lo internaron en algún centro, no sé más.

—¿No va a buscarle?

—Es posible que encargue su búsqueda a una agencia de detectives, pero hay que hacerlo con mucha cautela. No obstante, no creo que saquemos nada en limpio encontrándolo.

—¿No fue él el hombre que vio al espectro?

—Un borracho puede sufrir muchas alucinaciones. Bueno, voy a mi despacho. Si necesita de mí, sólo tiene que llamarme por teléfono.

Míster Noah Logan la dejó nuevamente sola. Sheila comprendía el interés del gerente de la empresa por mantener una estricta reserva sobre lo que, después de todo, no estaba probado.

Ya entrada la mañana, llegó el pequeño y singular profesor Wassermann. Percival lo hizo pasar directamente al despacho de Sheila.

—He venido para conocer el edificio por mí mismo.

—¿Y para interrogarme a mí no?

El profesor sonrió astutamente.

—No se mantenga a la reserva conmigo, sólo trato de averiguar algo que le interesa a usted y a la empresa que le da trabajo.

—No me gustó como utilizó a mistress Hamilton.

—Casi siempre resulta inesperado lo que puede decir o hacer un hipnotizado porque en la vida normal se suele ocultar lo que uno no quiere que trascienda.

—Le agradeceré que no trate de hipnotizarme. Si me doy cuenta de que intenta hacerlo, tendré que decirle que no se me acerque bajo ningún motivo.

—¿Me tiene miedo?

—Sí.

—Es usted franca —opinó el profesor, satisfecho.

—Mistress Hamilton cometió el error de pensar que podría resistir el poder de sugestión de usted.

—Miss Sheila, creo en el espectro que usted vio, pero me faltan datos. Las casas antiguas donde ha habido grandes sufrimientos, muertes violentas, tienen su fantasma, es algo que no se puede explicar científicamente, pero es así. Algunos aseguran que las paredes, el ambiente, queda impregnado de esa violencia, de ese dolor. ¿Quién que haya estado en una casa supuestamente encamada no ha oído ruidos extraños, puertas que parecen abrirse y cerrarse, gemidos, incluso palabras? Generalmente, todo es fruto de la alucinación, pero a veces se produce la sorpresa. Si usted leyera la infinidad de casos de personas que han muerto al desafiar a los fantasmas o espectros de las casas encantadas.

—¿Muertos?

—Sí, especialmente hombres que han pretendido ser más fuertes y no me refiero a fortaleza física sino a mental y que han caído víctimas del terror. Las poltergeist...

—¿Así se llaman las casas encantadas?

—Sí, así se las llama en las revistas y libros especializados. Lo raro es que un edificio nuevo tenga espectros o fantasmas.

—¿Es el primer caso?

—No, no es el primer caso, pero son mucho más raros, por eso me ha interesado el asunto y he venido.

—¿De verdad cree en los espectros?

—¿Y usted no?

Sheila dudó, sin saber qué responder. Al fin, dijo:

—Yo he visto algo que no sé cómo explicar.

—Es lo que suele decirse después de ver un espectro o un fantasma.

—¿No es lo mismo espectro que fantasma?

—No, no es lo mismo, pero ahora no vamos a entrar en disquisiciones que no son del todo necesarias. El vulgo suele confundir ambos términos, pero no significan lo mismo.

—¿Y qué es más horrible?

—El espectro.

—¿Por qué?

—El espectro suele presentarse, por lo menos así lo aseguran quienes afirman haberlos visto, bajo formas diferentes. ¿Cómo le diría? Pueden parecer un ser humano al que se hubiera arrancado la piel o cosas por el estilo. Un fantasma, por el contrario, es una figura humana o humanoide más o menos blanca, de aspecto etéreo. También se habla de otros seres fantasmagóricos o espectrales.

—¿De cuáles?

—Por ejemplo, animales que adquieren una actitud inteligente y maligna al mismo tiempo, llegando incluso a hablar.

—¿Cree que soy una niña para aceptar semejante fábula?

—Yo no le pido que crea nada, sólo le hablo de los fenómenos que gente de rodos los países del mundo dice haber vivido o sufrido y también están los seres que hallándose en cuadros, como simples pinturas, adquieren vida propia y salen de esos lienzos o las estatuas que adquieren vida anímica.

—Todo muy interesante. Y de todos esos casos, ¿cuál se supone que es el más peligroso?

—Depende. Quizá lo único que podría decirle es que el clásico fantasma es el menos peligroso, aunque todos causan terror en quienes los ven.

—Habla de una forma que parece creer en todo lo que dice.

—He escuchado a mucha gente y tengo muchos datos históricos. Es lo mismo que sucede con los UFOS. ¿Quién, a estas alturas, se atreve a negar su existencia?

—¿Intenta meterme el miedo en el cuerpo?

—No. claro que no, pero si continúa en este edificio deberá usted tener más cuidado en adelante. Si el espectro existe, ya se ha fijado en usted. Puede querer comunicarse con usted o simplemente desear su muerte.

Apenas acababa de pronunciar la última palabra cuando se dispararon los timbres de alarma.

Ambos movieron la cabeza de un lado a otro, desconcertados. El timbre era demasiado estridente para pensar que era un simple timbre que se hubiera disparado.

—¡Algo ocurre! —exclamó Sheila.

—Eso parece.

Salieron al hall. Desde la puerta, Percival gritó:

—¡Es en el parking, sale humo!

Míster Logan y sus dos secretarias también salieron a ver lo que ocurría. Todos corrieron al parking mientras míster Logan gritaba a Percival:

—¡Llame a los bomberos!

Corrieron hacia el parking que había estado cerrado, pero la valla de protección estaba apartada como si hubiera pasado un automóvil y del interior del recinto salía una espesa humareda que provocaba dificultades para atravesarla.

—No sé qué se habrá podido incendiar —gruñó míster Logan—. Abajo no hay ningún coche.

—¿No había nada inflamable? —preguntó el profesor Wassermann con su inconfundible acento germánico.

—No, no creo, a menos que alguien se descuidara algo.

Los timbres de alarma seguían sonando y atrajeron la atención de curiosos en la calle.

Percival trató de descender por el ascensor al parking y lo consiguió, pero todo estaba lleno de un humo que le hizo toser mientras una fuerte oleada de

calor le hacía retroceder de nuevo hacia el ascensor.

Mientras, pudo ver la masa de un coche envuelto en fuego y humo.

Volvió a subir al vestíbulo y corrió abriéndose paso entre los curiosos hasta llegar junto al gerente que se hallaba en la boca del parking por la que salía el denso humo mientras llegaban dos coches de bomberos haciendo ulular sus sirenas.

—¡Míster Logan, es un automóvil!

—¿Un automóvil? Qué raro. ¿De quién será?

Dos bomberos se colocaron las máscaras antigás y con grandes extintores manuales corrieron hacia el interior del parking mientras otros preparaban las mangueras.

Mas, en pocos segundos dejó de salir humo y los dos bomberos regresaron.

—¿Funcionan bien los extractores de humo? —preguntó el jefe de bomberos a uno de sus subordinados.

—Sí, sí, funcionan bien. Dentro de poco, el parking quedará despejado de humo.

—Me llamo Logan y soy el gerente de este edificio —dijo, adelantándose.

—Alí, bien. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Uso quiero saber yo. En el parking no hay nadie.

Uno de los bomberos que había entrado en el garaje y que debía de ser jefe de grupo, explicó:

—Hay un coche estrellado contra una columna que hay al final de la rampa, es el que ha ardido.

—¿Un coche estrellado contra una columna? ¿Y hay alguien dentro?

—Sí, un cadáver. No lo hemos visto bien, está carbonizado.

Sheila crispó sus puños. El profesor Wassermann la miró y preguntó bajito:

—¿Cree usted en el espectro?

Míster Logan, Sheila y el profesor descendieron al parking y pudieron ver el automóvil quemado. En el suelo aparecían manchas de aceite quemado y míster Logan, fijándose en el coche, exclamó:

—¡Es el coche de mi mujer!

Los bomberos le miraron con atención. El humo había sido ya despejado por los ventiladores que habían funcionado a pleno rendimiento.

El profesor Wassermann abrió una de las desencajadas portezuelas y miró el cadáver, carbonizado y horriblemente destruido por el fuego, un cadáver irreconocible a simple vista y en el que destacaban los dientes en medio de una boca desfigurada.

—Sí, es una mujer. Zapatos, pulsera, pero va a ser muy difícil identificarla.

—Esto es ahora cuestión de Scotland Yard —rezongó uno de los bomberos.

CAPITULO VII

Míster Logan era un hombre muy conocido en la City por sus negocios y la manifestación de duelo fue concurrida. Sheila Fergus agradeció que Clint Garret se le acercara y se colocara a su lado.

—¿Ha dicho algo la policía? —preguntó el arquitecto en tono bajo mientras se hallaban en el cementerio.

—No lo sé —respondió Sheila—. Sólo sé que el cadáver de mistress Jennie Logan ha sido reconocido plenamente gracias a la dentadura.

—Los periodistas terminarán por darse cuenta de lo que van a llamar la maldición del Midas Building.

—Confiemos en que no ocurra tal cosa porque el negocio irla a la baja de una forma brutal, nadie querría comprar.

—Esperemos que piensen que un accidente puede ocurrirle a cualquiera. Un coche que desciende por la rampa de un parking y que termina estrellándose contra una de las columnas de sostén del edificio, columna que, por otra parte, se ha demostrado es resistente al impacto y al fuego, puesto que nada le ha sucedido. Yo mismo he hecho las pruebas correspondientes.

—Pues el coche estaba hecho un asco.

—Sí, lo vi, también he visto la mancha de aceite.

—Debió de perderlo en el choque.

—No creo, estaba más arriba. El aceite estaba en el volante, impregnándolo. El coche descendió con normalidad, el volante estaba girado para tomar la curva y la rampa es suficientemente ancha como para que mientras un vehículo sale, otro entre. Sólo cabe pensar que el coche ha patinado sobre el aceite y se ha negado a tomar la curva pese al giro de volante.

—¿Quieres decir que alguien ha perdido el aceite allí antes de que apareciera mistress Logan?

—Sí, pero ¿quién?

—No lo sé, pero Scotland Yard también querrá saberlo. El accidente no está muy claro.

—Allí está el juez Window...

Cuando los asistentes al sepelio comenzaron a dispersarse, Sheila y Clint Garret se acercaron al juez Window, amigo personal de la familia Logan.

—¿Qué opina Scotland Yard de esta muerte? —le preguntó Sheila.

—No puedo decirles nada, pero hay indicios de que puede tratarse de un crimen.

—¿La mancha de aceite en la rampa...?

—Sí. Nadie sabe por qué estaba allí ni por qué la víctima acudió al lugar y se introdujo en el parking cuando todavía no se dejaba entrar a nadie. Además, se sospecha que justo en la columna había un bidón de plástico conteniendo gasolina, el laboratorio de Scotland Yard está analizando los

restos. El bidón se quemó, pero la rápida actuación de los bomberos impidió que el plástico se consumiera totalmente. Quedan algunos residuos, aunque será muy difícil determinar que efectivamente estaba allí. El coche aplastó el bidón, la gasolina se dispersó en todas direcciones y se inflamó. Cualquier chispa del motor pudo encenderla y luego explotó el tanque del propio automóvil. En fin, es cosa de Scotland Yard, pero hay indicios de que puede tratarse de un crimen. Scotland Yard hará muchas preguntas.

—Míster Logan no puede tener nada que ver en este asunto, ya que la muerte en el parking le perjudicará para la venta de los locales.

—Yo no he dicho que míster Logan fuera sospechoso. Usted misma puede ser sospechosa también, puesto que estaba allí, había llegado ya con su coche y conocía el lugar.

Sheila quedó perpleja.

—¿De veras piensa que he podido ser yo?

—No, no lo creo, pero Scotland Yard tiene el deber de sospechar de todos. Yo no creo que haya sido el espectro del que estuvieron hablando.

—El socio de míster Logan también murió quemado.

—Sí, una triste casualidad.

—Sí, y he conseguido averiguar que un hombre llamado Redfinger...

—¿Redfinger? Creo recordar que se habló de él en la residencia Logan, cuando mistress Hamilton estaba hipnotizada.

—Sí. Murió quemado inexplicablemente en plena calle después de abandonar una taberna. La policía sigue investigando el caso, es lo que me han dicho y me han preguntado por qué me interesaba por él.

—Esto sí que es curioso. De modo que ese Redfinger también murió quemado como míster Hamilton y como la esposa de míster Logan...

—Sí, y como otros, por ejemplo el guarda de la obra, dos obreros a los que explotó un bidón de combustible y el electricista que encontraron el otro día. Todos quemados.

—¿Y qué explicación da usted a que todos hayan muerto quemados?

—La venganza del espectro del Midas Building —dijo la voz del profesor Wassermann que se les había acercado sin que se dieran cuenta gracias a su baja estatura, lo que había hecho que quedara casi oculto tras la humanidad alta y maciza del juez Window.

—¿De verdad cree que hay un espectro que se venga quemando a las personas que tienen que ver algo con ese edificio? —preguntó el juez totalmente escéptico.

—Seguro, miss Sheila puede corroborarlo.

—¿Yo? —exclamó ella, sorprendida.

—Sí, usted. ¿No explicó que el espectro que la siguió y quiso ponerle las manos encima estaba como medio quemado, que era horrible verle con el cabello y la piel a colgajos?

—Sí, es cierto.

—Pues ese espectro debe ser forzosamente el espíritu de alguien que murió

atrozmente quemado.

—Los espíritus se quedan bajo las tumbas junto con los cuerpos —casi sentenció el juez Window, abarcando con un gesto de sus roanos las tumbas que había en derredor.

—Lo que nadie me contó y he tenido que averiguar por mí mismo es que en el lugar donde hoy se levanta el Midas Building había otras edificaciones viejas que la empresa de míster Logan y míster Hamilton fueron comprando y que en una desgraciada noche hubo un incendio en las casas que iban a ser derribadas.

—Si estaban vacías... —objetó Sheila.

—Uno de los edificios no estaba vacío; era de tres plantas y sus habitantes se negaban a abandonarlas.

Sheila se volvió hacia Clint Garret para preguntarle:

—¿Tú sabías algo?

—Sabía que uno de los edificios a demoler estaba quemado.

El juez Window puntualizó:

—Míster Logan y míster Hamilton pagaron por las viviendas quemadas lo mismo que habían ofrecido estando en pie.

—Pero algunas familias no hubiesen abandonado aquel lugar de no quemarse —insistió el profesor Wassermann.

—Cualquiera diría que trata de dejar mal a míster Logan que, por cierto, es quien le alberga en su residencia —objetó el juez, endureciendo su expresión habitualmente afable.

—Me han hecho venir para que averigüe qué sucede con unos hechos extraños, no para que sirva de relaciones públicas de míster Logan. Lo que también sé es que no se encontró ningún cadáver en las ruinas del pequeño edificio quemado, un edificio entre otros siete que componían el solar en el que ahora se levanta el Midas Building.

—Entonces, ¿no hubo ningún muerto en el incendio? —preguntó Sheila.

—No, no hubo ninguno —manifestó el juez Window.

El profesor Wasserman juzgó oportuno concretar:

—He pasado por la hemeroteca y es cierto que no se encontró ningún cadáver, pero también es cieno que hubo un desaparecido del que no se encontró ni rastro.

El juez Window, dispuesto a restar fuerza a las palabras del profesor de nacionalidad suiza, dijo:

—En los incendios y hundimientos de edificios suelen haber desaparecidos, no es nada anormal. Hay personas que aprovechan circunstancias de este tipo para desaparecer e iniciar una nueva vida. Nunca se sabe de ellos e, incluso, la justicia es muy reacia a considerarles muertos si no se encuentran vestigios de sus cuerpos.

—El desaparecido era un sujeto muy especial. Algunos creen que era un hombre, pero también hay muchos que piensan que era una mujer. Era un artesano de la taxidermia, se dedicaba a disecar animales pequeños y parece

que además era espiritista.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —se asombró el juez Window.

—Tras averiguar que hubo un desaparecido en el incendio del edificio que se tenía que demoler para levantar el Midas Building, me he acercado a los comercios de los alrededores y he hecho algunas preguntas.

—¿Y tiene alguna importancia que fuera taxidermista y tuviera aficiones espiritistas?

—El espiritismo no es una afición para quien cree en ello, sino una doctrina, aunque para la mayoría de la gente sea una estupidez y un engaño. Claro que muchos de los que pueden decir tales cosas sobre los espiritistas no irían con uno de ellos a un cementerio y de noche.

—¿Tiene algo que ver esa desaparición con lo que ocurre en el Midas Building? —preguntó Clint Garret.

—Nadie puede negar la existencia de casas encantadas y en esas casas con problemas, siempre han habido hechos desagradables y trágicos antes de que comenzaran a manifestarse los llamados embrujos o apariciones. En este caso, un edificio nuevo y flamante, no había hechos trágicos, pero al saber que se ha levantado sobre el lugar donde hubo un bloque de viviendas que se incendió y que hubo un desaparecido de singulares características, quedan explicadas las apariciones.

—Siento no compartir sus opiniones, profesor Wasserman, no creo nada de lo que dice. Disculpen. —El juez Window se alejó de ellos.

El profesor se encogió de hombros al tiempo que sonreía de forma circunstancial.

—Sé que mucha gente no me cree, pero les aseguro que también hay muchos que sí creen y otro gran número de personas que cree aunque no se atrevan a manifestarlo. ¿Por qué, si no, tienen tanto éxito las novelas y las películas de terror? Pues, porque a la gente le gusta experimentar esas sensaciones, eso sí, a salvo en su butaca. Dígale a los más escépticos que pasen la noche en una supuesta casa encantada y verán cuál es la respuesta. Usted misma, miss Sheila, ¿pasaría la noche sola en el Midas Building?

Sheila tragó saliva y en vez de responder se limitó a decir:

—Vámonos, la gente se dispersa y nos estamos quedando solos.

Efectivamente, la gente que había asistido al sepelio de Jennie Logan se alejaba ya por el camino hacia la salida para buscar sus respectivos automóviles.

Scotland Yard, en la persona del inspector Hoodwer, estaba preocupado por lo que consideraba un crimen, pero no podía acusar a nadie. No podía decir que el coche de la víctima hubiera sido manipulado, tampoco los técnicos se atrevieron a afirmar que hubiese un bidón de plástico conteniendo cuatro galones de gasolina junto a la columna.

Sólo había un rastro efectivo: Una gran mancha de aceite en el pavimento que impidió que mistress Jennie Logan tomara la curva del parking y el coche, patinando sobre el aceite, fue a estrellarse contra la columna, pero ¿quién

sabía que mistress Jennie Logan iba a ir al parking con su coche? Su marido, Noah Logan, aseguró que no sabía nada al respecto y nadie podía decir lo contrario.

El inspector Hoodwer quedó muy perplejo y desconcertado cuando míster Logan le expuso con mucho aplomo, sin el más ligero matiz irónico:

—Tengo en ¡ni residencia un invitado que está investigando hechos extraños que han sucedido en el edificio que voy a poner a la venta.

—¿Qué hechos? —preguntó el inspector.

—Han muerto ya varias personas quemadas, incluso mi socio. Todo es extraño, muy extraño. El profesor Wassermann está investigando el asunto y confío que usted no dirá nada a la Prensa. Si lo divulga y pierdo dinero en las ventas, tendré que denunciarle a usted por daños y perjuicios.

Al principio, mentalmente, el inspector Hoodwer envió a hacer gárgaras al profesor Wassermann al que no conocía, pero luego meditó y llegó a la conclusión de que sería un buen asunto interrogarle a fondo.

CAPITULO VIII

Míster Noah Logan, a bordo de su lujoso coche, abandonó su residencia. No parecía psicológicamente hundido tras la violenta muerte de su esposa.

Conducía fumando un cigarrillo mientras las luces de la City pasaban veloces por delante del parabrisas.

Miró en varias ocasiones a través del espejo retrovisor como queriendo comprobar que nadie le seguía. El inspector Hoodwer se había puesto muy pesado con sus interrogatorios; el suceso tenía que pasar al juzgado donde se determinaría si había sido accidente u homicidio. Logan estaba seguro de que el juez Window 1c mantendría al corriente de lo que sucediera.

Salió de la calzada y entró en un parking público. Estacionó allí su vehículo y salió de nuevo a la calle.

Caminó algo más de cincuenta pasos hasta detenerse en un portal, tenía llave, abrió y pasó a su interior. Tomó el ascensor y fue ascendiendo pisos hasta que la cabina se detuvo.

Salió y se enfrentó con una de las tres puertas que tenía el rellano. Utilizando otro llavín unido por un arito a la llave del portal del edificio, franqueó la cerradura y penetró en la vivienda, oscura y de altos techos.

Avanzó por el corredor donde se abrían varias puertas a derecha c izquierda hasta que llegó a un saloncito iluminado.

Allí, sentada en una butaca frente a la chimenea, fumando en boquilla, estaba mistress Hamilton.

—Has tardado un poco, querido.

Noah Logan se quitó el abrigo y lo lanzó sobre una silla próxima. Miró las llamas de la chimenea y arrojó hacia ella la colilla de su cigarro.

—Seguro que hay quien me vigila.

—No sería extraño que descubrieran que somos amantes, Noah.

—Sí, somos amantes y desde hace tiempo.

—Ahora ya no hay ningún impedimento para que continuemos siéndolo.

—Exacto, no hay ningún impedimento, ambos somos viudos. Tu Charles murió y también mi Jennie.

—Dos trágicas muertes, los dos quemados, qué horrible.

—Pero la vida sigue.

—¿Crees que Charles sospechó alguna vez lo nuestro?

—No lo sé, estaba demasiado preocupado en engañarte a ti.

—Sí, su nido de amor, todo muy bien cuidado, como le gustaba a él. Tenía predilección por las chicas muy jóvenes, furcias.

—Y mientras yo, su mejor amigo y su socio, me citaba con su mujer en esta casa que fue tu residencia de soltera.

—Aquí nací y aquí viví muchos años hasta que mis padres desaparecieron. Siempre me he sentido mejor en esta casa que en la de Charles.

Noah miró a su alrededor.

—Demasiado grande, demasiado oscura para una persona sola.

—También es discreta. Tú has gozado aquí del placer.

—Sí, lo he gozado. —Se le acercó, le cogió el rostro y la besó en la boca—. Eres una amante maravillosa.

—Ahora, además, somos socios.

—Sí, el Midas Building es de los dos porque los otros accionistas son tan pequeños y dispersos que no cuentan. Ellos quieren la revalorización de sus pequeñas inversiones y la tendrán.

—Si el edificio coge mala fama, no obtendrán esa revalorización.

—No creo que llegue a desvalorizarse; es un edificio muy bueno, elegante y está perfectamente situado. ¿Qué te parecería si además de amantes y socios fuéramos marido y mujer?

Ella se lo quedó mirando a través del humo que expulsó por la boca. No podía decirse que aquella pregunta la sorprendiera, en realidad la estaba esperando.

—No lo estropees, Noah.

—¿Estropearlo, por qué?

—Somos viudos demasiado recientes.

—Eso no es problema, podemos esperar un tiempo prudencial.

—Si nos casáramos, dejaríamos de ser amantes.

—No seas niña. Tendrías todos mis favores en exclusiva y no tendríamos que ocultarnos para vernos a solas como hemos venido haciendo en este piso grande y sombrío. En mi residencia te sentirás más cómoda.

—Verás, Noah, lo he pensado, pero no estoy segura de quererlo.

—Quizá todavía te sientas afectada por los últimos acontecimientos.

—No tanto como supones, para estas cosas soy tan fría como tú. Charles me importaba tanto como a ti Jennie. —Se echó a reír—. Anda, sírveme un whisky, ya sabes dónde está.

Noah Logan le sirvió la bebida y también se sirvió a sí mismo.

—¿Sabes, Noah? Me ha gustado ser tu amante, ha sido algo bueno.

—Y una compensación por lo que te hacía tu marido —le puntualizó.

—Sí, también era una compensación moral. Lo nuestro empezó después de que yo supiera que Charles me engañaba con muchachitas. No me siento culpable por lo que hemos venido haciendo, aunque al principio me costó un poco.

—¿Fue vengan/a lo primero que te impulsó a venir hacia mí?

—Un poco, si, lo admito, pero tú me gustabas y acostarse con el mejor amigo del marido siempre tiene cierto encanto.

—El encanto de gozar lo prohibido.

—Sí, lo prohibido siempre es más atrayente que lo que es libre, por eso es mejor que no pensemos en casamos. Noah, somos socios.

—Bueno, seré comprensivo si una vez casados no encuentras en mí todo lo que deseas y amas a otro hombre.

—¿Serias capaz de ignorar mis adulterios?

—¿Por qué no? Hay que estar al día.

—¿Te engañaba Jennie?

—Lo ignoro, sólo puedo decirte que nuestra plena comunicación marital no llegó a más de un par de veces en un año. Era estúpida.

—Pero tú supiste solidificar tu fortuna gracias a su dinero particular.

—El que ella fuera estúpida no quiere decir que yo lo fuera también.

—Siempre tan sarcástico.

Ambos rieron y bebieron de sus respectivos vasos. La viuda Hamilton preguntó entonces:

—¿Has tenido que ver con la muerte de Jennie?

Ante aquella súbita pregunta, Noah Logan se quedó muy quieto, parpadeó y luego dijo:

—Sé que Scotland Yard piensa en un crimen, pero no tengo nada que ver; yo no sabía que Jennie fuera a venir al Midas Building. En realidad, no sé cómo se le ocurrió introducirse en el parking con el coche, jamás antes había entrado allá.

—Si fue, será porque alguien le dijo que fuera.

—Yo no fui ese alguien.

—Supongo que si Scotland Yard piensa en un crimen, pensará también que ha sido muy elaborado.

—Hay un espectro asesino en ese edificio, quizá él sí sepa lo que ocurrió. No es el primer muerto que tenemos allí.

—La policía no cree en espectros. ¿Por qué Charles hablaba en sus pesadillas de fuego y de un tal Redfinger?

—No lo sé, hay cosas inexplicables. Cuando tu marido murió en su apartamento, la policía tampoco supo encontrar nada que justificara su muerte. Concretamente, yo no gané ni un penique con la muerte de Charles mientras que tú ganabas tu libertad y heredabas su fortuna.

—¿Sospechas que fui yo?

—¿Acaso sospechas tú que yo he matado a Jennie?

De nuevo, ambos se echaron a reír y alzaron sus vasos a modo de brindis. Bebieron y Noah Logan se aposentó en una de las butacas.

No tenía prisa por besar a la viuda Hamilton, por acariciar su cuerpo. Ella también había perdido el encanto de ser la mujer prohibida.

—Noah, ¿de verdad crees que hay un espectro en el Midas Building.

—No creo en espiritismos ni cosas similares, pero estoy convencido de que hay alguien que es el causante de las muertes.

—¿Es el supuesto desaparecido de cuando se quemó aquel pequeño edificio que no os querían vender cuando soñabais todavía con allanar el local en el que tú y Charles queríais levantar el Midas Building?

—Puede ser. Aquel sujeto jamás fue hallado y según parece hay diversas galerías bajo los sótanos del edificio. El Midas Building se levanta en un lugar donde a lo largo de los siglos ha habido otras edificaciones y algunos antiguos constructores gustaban de construir galerías subterráneas, mazmorras,

pasadizos secretos.

—¿Por qué no ahondabais lo suficiente para cegar todas las galerías?

—Hubiéramos tenido que invertir mucho dinero en excavaciones.

—¿Y ese sujeto era Redfinger?

—No, no era él.

—¿Quién era, entonces?

—No sé cómo se llamaba, sólo sé que era un sujeto extraño que se dedicaba a disecar animales.

—¿Y a quién se le ocurrió esa historia, a ti o a Charles?

—¿No crees en ese espectro?

—No.

—Pues, cuando te hipnotizó el profesor Wassermann parecías afectada.

—La verdad es que os burlasteis de mí, menos mal que no dije nada sobre nosotros. Debiste impedir que intentara hipnotizarme, corríamos un riesgo.

—El no iba a preguntarte nada sobre nosotros, aunque también me sorprendió a mí que hablaras de Redfinger.

—Charles no decía nada, pero tenía pesadillas.

—¿Y por qué crees que tenía esas pesadillas?

—Porque tú y él tuvisteis que ver con el incendio de la casa que os interesaba comprar y desalojar.

—Esa es una acusación muy grave.

—Bah, como no murió nadie y pagasteis lo mismo que ofrecíais antes de que las casas se quemaran, no pensé que debierais rendir cuentas, me refiero a moralmente; pero, por lo visto, a Charles le afectó, le afectó profundamente, de lo contrario no habría sufrido pesadillas.

—¿Dijo en alguna ocasión que fuera él quien quemó el edificio?

—Dijo que fuisteis los dos. No podría repetirte ahora las palabras exactas, pero yo sabía que erais los dos.

—¿De verdad lo sabías?

—Sí.

—Es extraño que no lo dijeras cuando te hipnotizó el profesor Wassermann.

Florence Hamilton se echó a reír.

—¿De verdad creísteis que ese mamarracho de profesor Wassermann me hipnotizó? —Siguió riendo—. Yo le seguí el juego, te juro que me divertí mucho.

—¿Por qué no lo desenmascaraste, entonces?

—No quería estropearos la tertulia, os gustaba tanto eso del hipnotismo. No, Noah, yo no creo en nada, ni en ese espectro que os habéis sacado de la manga.

—Si no crees en ese espectro, ¿por qué no vienes de noche al Midas Building?

—¿Tú me acompañarás?

—Sí.

—Bueno, ¿por qué no? Cuando tú quieras, Noah, cuando tú quieras.

Y continuó riéndose. Noah tuvo la impresión de que aquella mujer estaba tan segura de sí misma que hasta se reía de él, como si sus citas adulterinas hubieran sido tan falsas como la hipnosis que hizo creer a todos había sufrido.

CAPITULO IX

—¿Se va, miss Sheila?

Percival se mostraba muy amable con ella. El conserje era un hombre que decía amén a cuanto le ordenara su patrón, por eso había pasado él como descubridor del electricista muerto y no Sheila que era quien lo había encontrado.

El gerente, míster Logan, había preferido que la policía interrogara a un hombre básico y a la vez duro como Percival, capaz de repetir cien veces la misma frase, que a Sheila que habría contado algo más de lo necesario según su opinión.

—¿Se va a quedar aquí, Percival?

—No, cerraré todo y me marcharé a mi apartamento.

—Es usted un hombre metódico, ¿eh?

—Sí mucho. He pasado bastante tiempo en el ejército.

—¿Y por qué se licenció?

—Tuve unos problemas médicos, nada de importancia.

Sheila presintió que Percival no deseaba extenderse en explicaciones y lo dejó, marchándose.

Percival, que aquel día había recibido por dos veces a los hombres de Scotland Yard que habían deseado inspeccionar a fondo el lugar del incidente por si descubrían algo más, pensó que Sheila le gustaba, le gustaba mucho.

Le atraía su figura estilizada, sus caderas escurridas y apretadas, propias de adolescente.

Jamás le confesaría a Sheila que había violado a la hija de un oficial, mas, el hecho no pudo demostrarse con claridad y había sido invitado a abandonar el ejército.

Se había imaginado a Sheila en varias ocasiones dentro de una habitación iluminada por velas, tendida en un catre y él en torno a ella. No podía evitarlo, se deleitaba imaginándolo. Tenía su mente libre durante demasiadas horas mientras montaba guardia frente a la puerta de un edificio en el que prácticamente no entraba nadie; sin embargo, estaba seguro de que su cara grande, redonda, casi aplastada, no reflejaba nada. No dejaba traslucir sus pensamientos, sus deseos libidinosos que tenía que sofocar en visitas al Soho, acostándose con prostitutas de precio bajo, ya que su salario no daba para mucho.

El oficial, padre de la joven que había ultrajado, había jurado matarle, pero había sido trasladado en el momento oportuno de acuartelamiento para no provocar más incidentes.

Percival sabía que los demás oficiales padres de familia no le iban a mirar con simpatía pese a haber salido absuelto en el proceso, ya que la muchacha no había podido probar que fuera él, confundiéndose en unas pruebas de identificación, y ante el temor de posibles represalias de otros padres de

jovencitas propicias para ser ultrajadas, había preferido salirse del ejército con la hoja de servicios limpia, ya que no le habían podido probar nada.

Percival no se movió de la portería hasta que vio alejarse a Sheila. Si, Sheila era la clase de mujer que le habría gustado sujetar de pies y manos en un catre para que quedara a su merced y pese a que no era una adolescente como a él le gustaban, casi lo parecía.

Además de distinguida, era juvenil y deportiva.

Se volvió hacia el interior del Midas Building. Tenía que repasar los despachos en que míster Logan ubicaba sus oficinas particulares por si había quedado algo conectado. Por las luces no debía preocuparse, ya que cuando desconectara los circuitos de iluminación todo quedaría a oscuras.

Subió en el ascensor hasta los despachos de míster Logan. En realidad, no le hacía falta utilizar el ascensor, ya que estaban ubicados en lo que se consideraba la planta noble o principal que quedaba como colgada sobre los jardines que rodeaban el edificio.

Revisó las instalaciones, comprobando que algunas puertas estuvieran cerradas. Luego, dando los despachos por revisados, regresó al ascensor.

Pulsó el botón de la planta y comenzó a bajar, mas al llegar a la planta baja o hall, la cabina no se detuvo.

Miró la botonera de la cabina del ascensor, como preguntándose a sí mismo si se había equivocado.

Pulsó el stop para detener la cabina y así poder luego pulsar el botón correspondiente a la planta baja o hall, mas el motor del ascensor no se paró, continuó descendiendo.

Percival empezó a preocuparse, la cabina seguía bajando.

Rebasó la primera planta de parking, luego la segunda. Al fin, el ascensor se detuvo y Percival suspiró. Había llegado al subsótano donde se ubicaban las instalaciones de servicios del edificio. Allí estaban los contadores eléctricos, las instalaciones de calefacción y refrigeración, todo nuevo, apenas probado, listo para ser utilizado por los nuevos compradores.

Percival abrió la puerta metálica con un rectángulo vertical de cristal y miró en derredor como para asegurarse de que nada sucedía.

Toda la maquinaria estaba silenciosa, apenas había unos relés en funcionamiento. De trecho en trecho, unas lámparas iluminaban aquella especie de factoría subterránea al servicio de un edificio de oficinas modernas, instaladas a todo confort.

Todo aparecía en perfecto orden.

Regresó al interior de la cabina y pulsó el botón del vestíbulo. Cuando el ascensor se elevara, abandonaría el sótano de servicios, cruzaría las dos subplantas de parking y llegaría al hall, pero el ascensor no funcionó.

Percival torció el gesto frente al espejo que tenía la cabina del ascensor al comprobar que el botón de la planta no funcionaba.

Optó por pulsar el botón que habría de llevarle a la planta noble o principal como hiciera antes al revisar los despachos de míster Logan; después, sólo

tendría que descender un piso por la escalera y estaría en el hall. Mas el ascensor continuó sin funcionar.

—¿Qué diablos le pasará a este cacharro? —se preguntó, apretando el puño como dispuesto a golpear la botonera de la cabina del ascensor como si ésta fuera el rostro de todo el mecanismo.

Convencido de que no iba a ponerlo en marcha, puesto que no funcionaba pulsando ninguno de los botones, volvió a salir de la cabina cerrando de un violento portazo que provocó una onda sonora que rebotó en las paredes de hormigón del subsótano.

—Mañana llamaré a los imbéciles del ascensor para que vengan a ponerlo en marcha — gruñó entre dientes, como si estuviera lanzando una maldición.

Subió los peldaños de cemento que conducían a la puerta de acero que daba a la segunda planta de parking.

Movió la manecilla, la puerta no cedió y encima no llevaba la llave de aquella puerta de acero que impedía el paso a cualquier intruso que desde el parking tratara de entrar en la sala de máquinas.

La situación comenzó a inquietarle. Miró hacia atrás. Las luces seguían iluminando la amplia nave donde se distribuía la maquinaria, ahora silenciosa, pero cuando entrara en funcionamiento daría confort a los cientos de hombres y mujeres que habrían de pasar su jornada laboral en el Midas Building.

Instintivamente, golpeó con los puños la puerta de acero, aun a sabiendas de que nadie iba a oírle.

En todo el edificio no había nadie más que él, estaba solo dentro de aquel complejo de salas y más salas, y sólo uno de los varios ascensores que poseía el edificio llegaba a la subplanta donde se hallaban las máquinas. Precisamente, él había tomado ese ascensor, un ascensor que, inexplicablemente, había dejado de funcionar.

Allí había un teléfono, mas sólo comunicaba con conserjería; desde conserjería se le daba línea al exterior, pero desde allí no podía llamarse a otro lugar que a la pequeña centralita de conserjería.

Viéndose atrapado en lo que podían considerarse las tripas del edificio, optó por descolgar el teléfono, aunque algo dentro de él le decía que era inútil.

Si Sheila no se hubiera marchado, habría podido oír el repiqueteo del timbre, claro que siempre cabía la posibilidad de que se hubiera descuidado algún objeto personal y regresara a buscarlo. Sólo aquella remota posibilidad le daba una esperanza de escapar a la trampa en la que había caído tan estúpidamente. Un ascensor que no funcionaba y una puerta de acero que le impedía la salida.

Notó que al otro lado del hilo descolgaban el teléfono. Suspiró, estaba de suerte. Ansioso, aguardó a oír la voz.

—Ojo por ojo, diente por diente —silabeó una voz cavernosa y que arrastraba las palabras, una voz que hablaba lenta y amenazadora y sólo escucharla producía escalofríos.

Percival miró el teléfono como si éste fuera algo animado, como si

poseyera vida propia.

—¿Quién, quién es usted?

—El fuego da vida... —comenzó a decir aquella voz que parecía surgir de entre los resquicios de las paredes, como si procediera del subsuelo del edificio—, el fuego da muerte, el fuego también da venganza...

Se cortó la comunicación. Luego, pudo escuchar el pitido prolongado de la línea.

Percival volvió a mirar el auricular.

—¿A mí con esas idioteces?

Bufó, furioso. De pronto, se apagaron las luces de la subplanta, sólo quedó encendida la luz de la cabina del ascensor.

—¿Quién está ahí? —casi gritó. Su voz pudo oírse en todas partes con la máxima claridad a causa del silencio reinante.

El opresivo silencio fue la respuesta a su llamada. Percival comenzó a sentir miedo y se fue acercando a la cabina del ascensor. La luz de su interior le brindaba protección, el resto del subsótano se hallaba completamente a oscuras.

—¡No quiero bromas! ¡Si hay alguien ahí, voy a darle duro, tengo unos puños como piedras! —exclamó, desafiante.

Escuchó un ruido fuerte y metálico, como si acabaran de cerrar una trampilla de hierro. Percival se colocó de espaldas a la cabina del ascensor, como protegiéndose. Escuchó nuevos ruidos, cada vez más próximos.

Percival, alto y fuerte, se preparaba para cualquier sorpresa. En más de una ocasión había tenido que emplear los puños para salir de una situación apurada, pero cuando pudo ver al ser que se le acercaba por el corredor central que desembocaba en la cabina del ascensor, sintió frío en las raíces de los cabellos.

No era la primera vez que veía a un hombre quemado. Hacía muy poco que había visto al electricista carbonizado y también a la esposa de míster Logan. Eran cuerpos retorcidos, destruidos por el fuego, pero estaban muertos, no se movían.

Lo que le venía de frente era muy distinto. Aquel ser era espectral y casi fosforescía mientras que la única luz que allí había era la de la cabina del ascensor, luz que Percival tenía a su espalda.

—¿Quién, quién es?

Aquel ser, medio quemado o casi quemado en su totalidad, movió el brazo y Percival pudo ver que en su mano un soplete de propano de potencia super que se encendió de pronto, lanzando hacia adelante una fuerte y ruidosa llamarada.

Ante aquel fuego que apuntaba hacia él, Percival retrocedió hasta meterse en el interior de la cabina del ascensor, pero aquel ser horrible, espectral y diabólico, seguía avanzando hacia él con el soplete llameante.

Percival cerró la puerta metálica.

El espectro, que semejaba salir de ultratumba, llegó ante la puerta metálica

con el rectángulo vertical de vidrio. Se detuvo y la fuerte llamarada azul, de casi tres palmos de longitud, dio de lleno contra el cristal.

El cristal aguantó unos instantes y luego estalló. La llama se introdujo en la cabina mientras Percival gritaba de terror poniendo las manos por delante, como intentando taponar aquella abertura de la puerta.

Sus manos se quemaron y se echó hacia atrás mientras la llamarada penetraba en la cabina y lo alcanzaba en sus ropas, en el rostro.

Se abalanzó contra la puerta para escapar de semejante ratonera, pero la puerta no cedió y la llama siguió penetrando por la ventanilla donde antes había un cristal fijo cuyos pedazos ahora salpicaban el suelo.

—¡Aaaaaahhh!

Percival fue encogiéndose sobre sí mismo sentado en el suelo de la cabina mientras la llama implacable seguía quemando, como si el conserje hubiera quedado encerrado en un horno crematorio de cadáveres colocado en vertical.

CAPITULO X

Sheila Fergus sacó un cigarrillo del bolso y lo encendió. Fumó despacio, sin prisas, mientras aguardaba en el vestíbulo del edificio de apartamentos en que residía.

Clint Garret fue puntual a la cita. Detuvo el automóvil frente al edificio y Sheila salió a la calle cerrando mejor su abrigo de piel.

Garret le abrió la portezuela y ella pasó al interior del vehículo.

—¿Has esperado mucho?

—No —le respondió Sheila con una sonrisa, dispuesta a disculpar cualquier tardanza en que hubiera podido incurrir el joven arquitecto con el que había quedado citada para salir aquella misma noche.

—Iba a llevarte a cenar a un restaurante íntimo, pero...

—¿No puede ser?

—Nos han invitado.

—¿Quién?

Clint parcela dudar un poco. Dio una rápida mirada a Sheila, sonriéndole antes de decir:

—Me ha llamado el profesor Wassermann.

—No me es simpático ese hombre.

—Me temo que te he estropeado la noche.

—Todavía no; anda, di de qué voy a morir.

—Me alegra que sepas tomártelo bien, Sheila. Verás, estamos invitados a la casa de una amiga del profesor Wassermann.

—¿Los Logan?

—No, no. El profesor Wassermann conoce a otras gentes en Londres, mantiene contactos epistolares con distintas personas y algunas de sus amistades son un poco especiales.

—Lo imagino, supuestos parapsicólogos, médiums, espiritistas.

—Sí, la fauna es bastante extensa, pero es que me ha asegurado que podíamos averiguar algo interesante. Yo no estoy muy convencido, pero ha insistido tanto y como está invitado especialmente por míster Logan para tratar de esclarecer este siniestro asunto.

—Hubiera preferido una noche íntima contigo.

—La tendremos; no obstante, creo que el profesor Wassermann puede aclarar este asunto, es el hombre idóneo. Scotland Yard no ha conseguido nada por el momento.

—Sé que sospechan de míster Logan por la muerte de su esposa.

—No, no lo creo; sin embargo...

—Nunca se sabe lo que puede hacer un hombre aunque en apariencia sea un caballero, porque luego puede resultar un míster Hyde en potencia.

—No se pueden poner las manos en el fuego por nadie.

Clint Garret conducía rápido, pero con seguridad, sin cometer infracciones

de tráfico.

Rodaron hacia el este de la City y se estacionó frente a un edificio antiguo, con muchas ventanas y paredes de ladrillo obra vista. Daba la sensación de que tenía que ser ancho en su interior.

—¿Es aquí?

—Por lo menos, es la dirección que me han dado.

—¿Estará el profesor Wassermann?

—Espero que sí.

Dejaron el coche y se enfrentaron con el edificio sin problemas. Rebasaron una pequeña verja que lo separaba dos pasos de la calle y llamaron a uno de los timbres. Inmediatamente se escuchó una voz de mujer.

—¿Quién es?

—Me llamo Garret y me acompaña la señorita Fergus. El profesor Wassermann nos espera.

Franquearon la puerta y desde lo alto encendieron la luz general de la escalera. Sheila, nada más entrar, opinó:

—No me gusta esto.

—Bueno, no es una decoración muy alegre.

No había ascensor y subieron a pie las escaleras hasta el segundo piso. Las puertas de cada vivienda eran inmensas, demasiado grandes para resultar íntimas ni acogedoras.

—¿De cuándo será esta edificación?

—Échale un par de siglos —bromeó Clint Garret.

Una mujer alta, seca, de cabellos blancos, les esperaba en una de las puertas. Su rostro no mostraba amabilidad alguna. Miró primero al joven arquitecto y luego, con más recelo, a Sheila.

—Pasen.

Sheila miró significativamente a Clint Garret.

El vestíbulo de la casa parecía más siniestro que la propia escalera, amplio, con escasa luz, cortinajes espesos y paredes empapeladas con unos dibujos y tonos que lo hacían todo más oscuro.

Sheila pudo ver dos óleos en las paredes, pero le hubiera sido difícil decir cuáles eran los temas que pretendían representar, ya que apenas se veían.

—¿Ha llegado ya el profesor Wassermann?

—Síganme.

Les condujo por un largo y hostil corredor, rebasaron varias puertas.

Tal como había supuesto Sheila, la casa era grande. Llegaron a un amplio salón-comedor iluminado por candelabros. Olía a cera y no era un olor casual, por diversión o emergencia; no, allí el olor a cera quemada se había pegado a los cortinajes, a los papeles de las paredes, a las maderas de los muebles.

El profesor Wassermann se hallaba sentado a la cabecera de la mesa y sonrió al verles, especialmente a Sheila.

—Estábamos esperándoles.

Sheila observó entonces que en una butaca situada en un ángulo del

comedor, casi sumida en una oscura penumbra, había otra mujer que podía ser maciza, de cara redonda y cabellos grises. No decía nada ni se movía de donde estaba.

—Espero que sirva de algo el que hayamos venido —dijo Clint Garret al observar el ambiente. Miró de reojo a Sheila y comprobó que había puesto cara de disgusto.

La noche que había esperado vivir junto a Garret no tenía nada que ver con aquel escenario oscurantista, con unos olores que casi la mareaban.

—La noche será más entretenida de lo que imaginan. Tomen asiento, por favor. No soy el anfitrión, pero mistress Hortensie me considera como de la familia. ¿No es así, mistress Hortensie?

La mujer alta y seca no sonrió en absoluto. Toda la amabilidad que aquella mujer hubiera podido heredar de sus ancestros era nula.

—Ahora traeré la cena.

La casa no tenía servicio. Sheila trató de escabullirse sin conseguirlo, el profesor Wassermann sabía ser persuasivo.

—Disculpen su sequedad, mistress Hortensie es así, pero no se preocupen —siguió diciendo con su fuerte acento germánico.

Tuvieron que sentarse a la mesa y todo el tiempo hablaron como si la mujer encajada en la butaca no existiera. Era como una muñeca grande y horrible. El profesor Wassermann no la miró ni aludió a ella para nada.

Sheila, intrigada, de vez en cuando le lanzaba miradas de reojo y tuvo la impresión de que se hallaba como ausente y ensimismada. No se movía nada.

La cena tampoco fue del agrado de Sheila que miró con desconfianza la sopa de menestra que le habían servido. Allí había distintos vegetales cortados en pedacitos muy pequeños. El sabor se le antojó horrible, pero el profesor Wassermann comía muy a gusto al parecer y Clint tampoco decía nada. Irónica, preguntó:

—¿Es comida macrobiótica?

—Algo así —asintió el profesor Wassermann.

—En esta casa no se come carne, miss Sheila —puntualizó mistress Hortensie con su habitual sequedad.

El segundo plato consistió en unas tortas de maíz aderezadas con algo que Sheila no supo lo que era, pero que tenía un sabor amargo. No tuvo deseos de averiguar qué estaba comiendo por si se ponía peor al conocer con detalle lo que masticaba.

Al terminar la cena, tenía náuseas. Clint parecía soportar mucho mejor lo que habían comido.

—Pasemos a la salita —pidió el profesor Wassermann.

Sheila se levantó, deseaba huir cuanto antes de aquel conjunto, de olores que le hablan producido náuseas. Salieron del comedor y cuando creía que la mujer que no había hablado ni se había movido, se quedaría allí cómo un mueble, ésta se levantó y siguió tras ellos en silencio. Pudo observar entonces que era baja de estatura.

Llegaron a una salita no muy grande, de techos altos como toda la casa. Allí, como únicos muebles, había una mesa redonda, unas sillas y un estante de mármol justo debajo de un espejo colgado en la pared.

Madame Hortensie colocó un candelabro de cinco brazos en aquel estante y la luz de las velas sé reflejó en el espejo.

—¿Es que no tiene electricidad? —preguntó Sheila, molesta por todo aquel extraño ambiente. Sabía que el edificio tenía electricidad, habían llamado al portero electrónico y la escalera había quedado iluminada.

—Es que a madame Hortensie le agrada más la luz de las velas —le dijo el profesor Wassermann.

—Pues, es un atraso —opinó Clint Garret.

—Lo que sucede es que en ocasiones creemos estar muy desarrollados, muy evolucionados gracias a la técnica que nos da confort, pero en el fondo seguimos en la oscuridad en la que entramos en el medievo. Nos preocupamos de una vela que no luce como una bombilla poderosa y luminosa y no queremos pensar, dedicar un tiempo de meditación, a los grandes misterios que nos rodean, esos misterios que el hombre ajetreado de nuestra civilización ignora. Nos topamos con esos misterios y nos inhibimos.

—¿A qué enigmas se refiere usted? —preguntó Clint Garret.

Mientras el profesor Wassermann elaboraba su respuesta, Sheila se sentía cada vez peor y no sabía cómo salir del trance.

—Al espectro del Midas Building.

—¿De verdad cree en él?

—Negarlo es negar la evidencia. Yo quiero encontrarlo, por ello acepté venir aquí. No, no es fácil hallar el lugar donde se esconde un espectro que además es vengativo.

—¿Cree que es el causante de las muertes por quemaduras habidas en el Midas Building?

—Sin duda alguna. Sabemos que el edificio donde vivían determinadas personas ardió y se vino abajo; eran personas que no querían vender porque no deseaban marcharse de donde estaban, lo que evidentemente causaba grandes quebraderos de cabeza a míster Logan y a su socio, el fallecido míster Hamilton. Si el pequeño edificio albergaba a un ser muy especial que pudo morir quemado, querrá vengarse.

—¿Piensa usted que el edificio fue quemado criminalmente?

—Todavía no puedo asegurar nada. ¿Cree usted en los médiums?

—No, no creo en el espiritismo, aunque reconozco que hay cosas extrañas que no se explican bien.

—Lo que vamos a hacer aquí le va a parecer una sesión de espiritismo y quizá lo sea.

—¿Qué quiere decir?

El profesor Wassermann no respondió. Se acercó a Sheila y la cogió por una de las manos.

—¿Se encuentra bien, miss Sheila?

—Pues, un poco...
—Por favor, siéntese aquí y se sentirá mejor, mucho mejor.
Sheila se dejó llevar. Tenía la impresión de que todo le daba vueltas, le había sentado mal la cena o algo de aquella extraña comida la había afectado. Lo extraño era que no parecía haber afectado a nadie más.
—¿Qué te ocurre, Sheila?
—Estoy un poco, marcada.
—Déjela, déjela —pidió el profesor Wassermann—. Se pondrá bien en seguida, ya lo verá. ¿Me oye, miss Sheila?
—Sí.
—Piense en algo agradable.
—Pero ¿el qué?
—Algo que le agrade mucho, el mar, la montaña, un prado.
—Sí, ya pienso.
—¿En qué?
—Camino, camino por una pradera y hay un río cerca.
—Siga caminando, miss Sheila. Sus pies apenas tocan la hierba, es muy agradable caminar por la hierba.
—Sí, muy agradable.
Clint Garret, que intuyó lo que estaba ocurriendo, cogió al profesor Wassermann por el brazo.
—¿Qué se propone?
—Por favor, míster Garret —bajó el tono—, estoy ayudando a miss Sheila que se encuentra mal. ¿No lo está viendo usted mismo?
Clint se sintió un poco desconcertado. La mujer baja y maciza se había sentado frente a la mesa y mistress Hortensie trajo un rollo de papel que identificó inmediatamente como un plano, un plano que extendió sobre la mesa.
—Eh, si es el plano de los cimientos del Midas Building —dijo Garret.
—Exacto —admitió el profesor Wassermann.
—¿Cómo lo ha conseguido?
—Me lo ha dado míster Logan y usted, como técnico, nos ayudará a descifrar los posibles enigmas.
Clint Garret miró a Sheila que semejaba traspuesta.
—Profesor, le ruego que se explique mejor para poder entenderle.
—Fíjese bien en todo lo que aquí sucede, míster Garret, porque luego nos ayudará a descifrar el misterio. —Cambió el tono de su voz que se hizo más sugestivo—. Sigue paseando por el prado, miss Sheila.
—Sí.
—Se encuentra mejor, ¿verdad?
—Sí.
—Ahora corre. ¿Verdad que puede correr, miss Sheila?
—Sí, sí corro.
—Muy bien, muy bien, sus pies parecen tener alas... Corre, casi vuela y

llega a la ciudad. La ciudad es grande, limpia, hermosa, a usted le gusta la ciudad. ¿No es cierto?

—Sí, sí me gusta.

—Las calles están vacías, usted corre sobre el asfalto, nadie la molesta y llega al Midas Building. ¿Lo ve, miss Sheila?

—Sí, sí lo veo.

Clint Garret se sentía molesto consigo mismo por haber llevado a Sheila a aquella encerrona sin saberlo.

Al fin el profesor Wassermann se salía con la suya hipnotizándola. ¿Qué podía hacer en aquellos momentos, sino dejarse arrastrar por las circunstancias, seguir el juego al profesor Wassermann y a aquellas dos extrañas mujeres a las que miraba con recelo?

—Entra en el Midas Building, miss Sheila. Es de noche, pero usted se siente bien, aún lleva en sus pulmones el aire del prado. Camine, camine por el interior del edificio... Es enorme, puertas y más puertas, ascensores, escaleras... ¡Cuidado!

—¿Si? —preguntó Sheila como sobresaltada, con los ojos semicerrados.

—Ahí está el espectro. ¿Lo ve?

—Sí, sí.

Vaciló su voz, temblaron sus labios. El terror se reflejó en el bello rostro de la joven. Clint Garret quiso cortar aquella tortura psíquica, pero el profesor Wassermann, intuyendo lo que trataba de hacer, le hizo un enérgico ademán pidiéndole que no interviniera.

—No tenga miedo, miss Sheila, a usted no le hará nada, nada. El espectro Sabe que no le puede hacer nada. Lo hemos invocado nosotros, nos teme, si, nos teme.

Clint Garret se percató de que aquella mujer que no había dicho nada en todo el tiempo comenzaba a regurgitar frases incoherentes y en las comisuras de sus labios asomaba un ligero babeo. Se hallaba en trance.

¿Habría estado así desde antes de llegar ellos? Clint Garret no sabía cómo funcionaba el mundo de los médiums, pero le dio la impresión de que el profesor Wassermann sí sabía lo que se hacía, él dominaba la situación.

—Se va, se va —musitó Sheila, más tranquila.

—Sígale, sígale —exigió el profesor Wassermann.

—No, no quiero morir quemada —protestó con un temblor en su voz, en sus labios.

Sheila era la viva expresión del terror; toda ella estaba pálida y la luz de las velas ayudaba a que su aspecto fuera aún más patético.

—¡Sígale, sígale!

Clint Garret observó que mientras la joven semejaba seguir al espectro que en su opinión sólo existía en la mente de Sheila, la mujer baja y babeante seguía con el índice de su diestra por encima del plano, un plano que Garret conocía muy bien y le pareció lógico el recorrido.

El profesor Wassermann estaba utilizando un sistema complicado, mezcla

de espiritismo, telepatía c hipnosis. Sheila era la hipnotizada, la otra mujer, cuyo nombre ignoraba, era quien había invocado al espíritu espectral que Sheila veía y que estaba siguiendo en su mente mientras el médium describía sobre el plano el supuesto recorrido que efectuaban Sheila y el espectro.

Era todo muy difícil de comprender si no se daba un cierto margen de credulidad al poder de invocación de los espíritus y a la interconexión entre médium y la persona hipnotizada que vivía una situación que no era tan irreal como pudiera parecer.

El profesor Wassermann controlaba a las dos mujeres temiendo que aquella conexión se cortara.

El espíritu de Sheila estaba realizando un viaje astral y se había alejado de su cuerpo para caminar por los sótanos del Midas Building. La médium descubría el recorrido sobre el plano mientras el espíritu de Sheila Fergus iba tras el espectro vengativo.

—¡Aaaagg! —gritó Sheila de pronto, llevándose las manos a las sienes.

Dobló su cuerpo hacia adelante y se volcó sobre la mesa.

El profesor Wassermann, en vez de sujetar la cabeza de Sheila, lo que hizo fue inmovilizar la mano de la médium para que no se moviera del punto del plano en que había quedado.

—¡Ya lo tenemos, ya lo tenemos! —exclamó triunfante el profesor.

—¿Está loco, y Sheila? —gritó Clint Garret al comprobar que la muchacha había quedado desvanecida y toda ella temblaba, de pies a cabeza.

CAPITULO XI

—Estás loco, Noah, loco.

La viuda Hamilton reía, muy segura de sí misma y parecía que míster Logan también se había tomado a diversión todo aquel asunto.

Ambos llevaban algunas copas de más en sus cuerpos.

Habían estado retozando en la cama que conocían bien por haber gozado el juego del amor en ella y luego, en vez de quedarse quietos para descansar y dormir, habían insistido en el tema del espectro.

Florence Hamilton había alardeado de frialdad ante Noah Logan. Ambos sospechaban mutuamente el uno del otro respecto a las muertes habidas, pero los dos deseaban demostrar su sangre fría.

—¿Estás segura de que no vas a salir despavorida?

—Segura, sólo tendría que temerte a ti.

—¿Y me temes?

—No.

—¿Por qué, si crees que he matado a mi esposa?

—Eres muy listo, Noah, lo que no sé es cómo mataste a mi marido.

—La verdad, sigo creyendo que has sido tú. ¿Contrataste a algún sicario?

—Mira, Noah, yo sé muy bien hasta dónde puede llevarte tu ambición, tu codicia. Si no te hubieras casado con la imbécil de Jennie, te habrías hundido económica y socialmente, pero ella, es decir, su dinero, consiguió que tú mantuvieras tu sociedad con mi Charles.

—Tu Charles no era ningún niño.

—Sí, entre tú y él contratasteis a ese fulano llamado Redfinger para que quemara el edificio que no os querían vender, ese edificio viejo y ruinoso, pero que os era imprescindible para poder utilizar su solar. De lo contrario, vuestro edificio no se hubiera levantado jamás tal como lo habíais proyectado.

—¿Te lo contó todo Charles?

—Sí, y todo está escrito en una carta firmada que puede salir a la luz en alguna ocasión. Lo digo para que lo tengas en cuenta. Ahora, tú y yo somos socios.

—Insisto en que podríamos ser mucho más.

—Mientras seamos socios y no nos podamos heredar mutuamente, mi vida no peligrará.

—Tener una carta así es muy peligroso.

—Sí, es peligroso, pero da seguridad.

—Deberías fiarte de mí tanto como yo me fio de ti.

—Estábamos jugando a ver cuál de los dos es más astuto y peligroso.

Míster Noah Logan detuvo su lujoso automóvil frente al Midas Building. La entrada del parking se hallaba cerrada, pero había luces encendidas en el gran vestíbulo.

—Qué raro.

—¿Qué sucede?

—Han quedado las luces encendidas cuando Percival tiene orden de apagarlas.

—Se habrá olvidado.

—Imposible. Son casi las doce de la noche y Percival se habrá quedado por alguna causa, lo que encuentro muy raro.

—¿Excusas, Noah? —preguntó la mujer en tono de mofa.

—No, no sabía que Percival se hubiese quedado. Veremos qué ha podido ocurrir.

—¿Y el espectro?

—Vamos.

Salieron del coche y anduvieron hacia el vestíbulo iluminado. Noah Logan aumentó su preocupación al comprobar que la puerta estaba abierta también.

—¿Qué has preparado, Noah?

—No te burles, Florence, no he preparado nada, sólo te he dicho si querías venir a ver el espectro.

Noah Logan se internó rápido en el hall. Entró en el despacho de Sheila y lo vio vacío y recogido, todo estaba en orden.

—Qué raro, todo debía estar cerrado y a oscuras.

—¿Quieres decir que el conserje todavía anda por aquí?

—Seguro, es un empleado fiel, hace todo lo que se le pide.

—A lo mejor se ha traído alguna amiguita.

—No, no lo creo. —Alzó la voz para llamar—: ¡Percival, Percival!

La voz, fuerte y seca, halló rápidamente eco en las paredes vacías de muebles. No hubo respuesta. Noah, seguido de la viuda Hamilton que había comenzado a fumar, fue hasta el habitáculo del conserje y allí comprobó que estaba colgado el abrigo de Percival.

—¿Lo ves? Está aquí, no se ha ido.

—Pues, vámonos.

—No, antes quiero saber qué hace Percival en el edificio.

—Jugar a póquer con el espectro.

Por la escalera, subieron a su despacho donde todo estaba en perfecto orden.

—¿Ves? No pasa nada, todo está bien —le hizo observar la viuda Hamilton que parecía más fría que él.

—Percival ha de hallarse en alguna parte, no tenía por qué estar aquí a estas horas y es raro que la policía no haya informado.

—A lo mejor ha informado, pero no sabían que estabas en mi casa —se rió Florence—. ¿Qué broma me estás preparando?

—No es ninguna broma, Florence, no me gusta esto. Percival es un hombre responsable, tenía que haber cerrado puertas y apagado luces.

—Sí, tenía que haberlo hecho, pero no lo ha hecho. El «bobby», al ver las luces encendidas y todo en orden, no habrá creído necesario dar aviso, otra cosa seria que hubiese descubierto una puerta forzada o una luz furtiva.

—A lo mejor está abajo.
—¿En el parking?
—Sí.
Logan se dirigió a los ascensores. La mujer le acompañaba sonriente, no parecía inquieta en absoluto.
Míster Logan llamó al ascensor que descendía al sótano, pero éste no funcionó.
—Qué raro, el ascensor está desconectado.
Florence Hamilton llamó a otro de los ascensores que sí funcionó.
—Tendrás que ser más severo con el mantenimiento, Noah, no puede ser que un edificio nuevo marche tan mal.
Míster Logan lanzó un corto gruñido, parecía como si el alcohol se le hubiera agriado en la sangre. Se introdujeron en el ascensor y Noah Logan pulsó el botón que correspondía a la segunda planta de parking.
El ascensor bajó sin dificultades. Al salir de la cabina, encendieron el automático de luces del parking y éste quedó completamente iluminado.
—Aquí tampoco está —observó la viuda Hamilton.
—¡Percival!
—Tendrás que llamarlo por el sistema de altavoces.
—Espera, puede estar en la sala de máquinas y allí no oiría nada, están todos los servicios y tuberías.
Fueron hacia la puerta metálica que no ofreció ninguna resistencia al empujarla, lo que hizo exclamar a Logan:
—Debe estar aquí abajo.
—Huele a quemado, qué peste —se quejó Florence.
—Sí, huele muy mal, hay humo.
Descendió rápido y le atrajo la luz de la cabina del ascensor que no había funcionado. Se acercó a él. La mujer le seguía detrás y fue ella quien exclamó:
—¡Qué horror!
El cadáver de Percival estaba allí, encogido sobre si mismo dentro de la cabina del ascensor, caliente aún y carbonizado. Su rostro, medio descamado por el fuego, con la boca muy abierta y los dientes salientes, tenía una mueca horripilante, y era difícil averiguar si era producto del dolor o el pánico.
—Otro muerto quemado. ¿Te das cuenta de que esto no es ninguna broma, Florence?
—¡Has sido tú, tú, tú! —gritó horrorizada.
—¡No, te juro que no!
—¡Noah! —gritó ella de pronto al desviar la mirada y descubrir el espeluznante espectro que avanzaba hacia ellos. Emanaba de él una extraña fosforescencia que aumentaba su aspecto pavoroso.
Ver aquel rostro medio descarnado, con colgajos de piel quemada lo mismo que el cabello a mechones, aquellas manos con parte de los huesos al descubierto, medio carbonizados, atenazaba los nervios de tal forma a cuantos lo veían que les impedía moverse.

—¡Vosotros me quemasteis! —silabeó con voz arrastrada, cavernosa, una voz que no era normal, una voz que provenía de más allá de la muerte.

* * *

El profesor Wassermann, Clint Garret y Sheila entraron en el Midas Building.

La joven no se sentía muy bien; no habían ido con ellos las dos extrañas mujeres espiritistas.

El profesor Wassermann se estuvo explicando, como pidiendo disculpas, pero al mismo tiempo se hallaba presa de una fuerte excitación, la excitación propia del sabio que está a punto de obtener un gran descubrimiento.

—La relación médium-hipnotizada que ha visto al espectro es muy fuerte. Hasta ahora sólo eran teorías y he podido llevarlas a la práctica.

—No le perdonaré nunca lo que me ha hecho —protestó Sheila que seguía presa de náuseas.

—Nada malo podía ocurrirle, iba acompañada de míster Garret. Le pido disculpas por lo que he tenido que hacerle, sorprendiéndola.

—¿Qué es lo que me han puesto en la cena para que me haya sentado tan mal?

—Aunque le dijera los nombres de los vegetales, no le aclararía nada, todo ha sido obra de mistress Hortensie. Ella es quien maneja a su hermana que es la médium. En realidad, la médium no tiene voluntad propia, debe de haber a su lado otra persona que la controle. Mistress Hortensie dirige a su hermana para las sesiones de espiritismo que llevan a cabo en su casa. Yo las conozco bien a ambas, he coincidido con ellas varias veces en congresos. Mistress Hortensie sabe muy bien lo que se hace, es una gran conocedora de las hierbas medicinales y alucinógenas, pero es reacia a dar conferencias sobre ello pese a que podría decir cosas muy importantes. Lo que ha puesto en la cena sólo ha mermado sus defensas racionales, nada más. Ahora, poco a poco, se irá sintiendo mejor. De no hacerlo así, no habría conseguido hipnotizarla, usted era reacia.

—Y continúo siéndolo; pero ¿cómo míster Garret —dijo, refiriéndose al arquitecto— no se ha sentido como yo?

—Porque dentro de la sopera habla otro recipiente más pequeño del que ha sacado la sopa menestra para usted y no para los demás.

—¿Y a los que asisten a sus sesiones de espiritismo los engaña también de esta forma?

—Bueno, no niego que en las sesiones de espiritismo en ocasiones hay mucho camelo, no siempre la médium alcanza un trance auténtico.

—La puerta está abierta —se extrañó Garret al empujar la del Midas Building.

Se adentraron en el edificio y tomaron un ascensor que les llevó a la segunda planta del parking.

Garret actuaba de guía, pues tras identificar en los planos la zona donde supuestamente debía esconderse el espectro vengativo, ahora sólo había que llegar hasta él.

El profesor Wassermann portaba consigo una linterna que no había necesitado encender aún.

—La puerta que conduce a la subplanta de servicios y maquinaria está abierta —se sorprendió Clint.

—Sigamos hacia dentro —pidió el profesor. La emoción y la excitación brillaban en sus ojillos nerviosos.

Garret fue encendiendo luces cuando el fuerte olor a carne quemada hirió su olfato.

—Será mejor que te quedes fuera, Sheila. Me temo que vamos a encontrar algo desagradable —gruñó Clint Garret.

—No, no, yo no me quedo sola.

—¡Miren, dos cadáveres carbonizados! —exclamó el profesor Wassermann señalando los dos cuerpos ennegrecidos que todavía humeaban.

—¿Quiénes serán? —se preguntó Clint en voz alta.

—No lo sé —admitió el profesor Wassermann—. Están irreconocibles.

Sheila volvió la cabeza para no verlos y entonces descubrió el cuerpo de Percival, también quemado.

—Dios mío, cuánto horror —gimió.

Se volvieron hacia el ascensor. El profesor Wassermann, muy pálido musitó:

—Creo que la venganza del espectro está subiendo en grados, esto es verdaderamente alucinante.

—Hay que acabar de una vez con esta maldita pesadilla —masculló Garret dirigiéndose resuelto hacia un armario metálico donde estaban las llaves de las trampillas que conducían a los túneles existentes en las cimentaciones del edificio.

Anduvo rápido hacia una de las trampillas. Se inclinó sobre ella, introdujo la llave y la abrió, dejando al descubierto una especie de pozo. El profesor Wassermann y Sheila le siguieron.

—No sigas, Clint, no sigas, te lo suplico. El espectro te quemará vivo —pidió Sheila temblorosa.

Garret descendió al pozo por una escalerilla metálica sujeta a la pared.

El profesor hizo pasar a Sheila y luego, bajó él.

Ya abajo, tuvieron que encender la linterna y avanzar por los túneles. De pronto, ante el asombro de los tres, pero especialmente de Clint Garret, vieron algo extraordinario.

Era como si de pronto, acabara de alzarse ante ellos el escenario de un teatro a la italiana.

Vieron una amplia estancia pobremente iluminada en la que había pequeños animales de distintas clases, mamíferos roedores, felinos, cánidos y pájaros en actitud pasiva, con las alas plegadas y prietas contra su cuerpo o

con las alas extendidas como sí se hallara en pleno vuelo.

Frente a una mesa de trabajo había un ser que no se veía muy bien y permanecía inclinado sobre un animal muerto.

Aquel extraño personaje, un taxidermista sin lugar a dudas, como si captara la presencia de los tres intrusos, volvió la cabeza hasta quedar encarado con ellos.

Su rostro era grisáceo, indefinido, un rostro que debía haber huido de la luz del sol. Resultaba muy difícil determinar si era hombre o mujer. Vestía una bata larga de color burdeos sucio.

—¡No es posible, no es posible! —musitó Clint Garret—. Aquí delante hay un muro de piedra...

Avanzó un par de pasos y golpeó con sus puños contra lo que él sabía que era un muro, un muro que en aquel momento era transparente como un cristal, pero que no les dejaba pasar.

—No podrá, es una traspolación en el tiempo —explicó en voz baja el profesor Wassermann—. Ese hombre es el espectro antes de morir en el incendio. Nos está mostrando cómo era y dónde estaba.

—¡Fuego, fuego! —gritó Sheila.

Por una puerta de aquella fantástica habitación que había i salvado la barrera del tiempo, brotaron unas llamas que alcanzaron a los primeros animales disecados que comenzaron a chisporrotear y a retorcerse como poseedores de vida. Era , una visión espeluznante.

El taxidermista no se movió de donde estaba hasta que las llamas le rodearon.

Entonces, se puso en pie y quedó convenido en una antorcha humana. Todo él ardía y su rostro, todo su cuerpo, se transformaba horriblemente.

—¡Es él, es él! —gritó Sheila retrocediendo hasta tocar con su espalda la pared de la galería.

El espectro, envuelto en llamas, avanzó hacia ellos. Bruscamente, toda la visión desapareció y quedaron sumidos en la oscuridad.

El profesor Wassermann encendió su linterna y dijo:

—¿Lo ve, míster Garret? Es un muro, un muro de piedra.

—No entiendo nada —balbució Garret, confundido.

—No pretenda comprender lo esotérico, lo espiritual, lo que viene de más allá de la muerte. Jamás sabremos cuántas personas ha matado él para vengarse de su propia muerte y cuántas otras han perecido por accidente o asesinadas, porque todo es posible.

—Huelo, huelo muy fuerte a quemado —dijo Sheila, a la que le costaba sostenerse sobre sus pies.

—Puede ser lo que hemos visto arriba —explicó Garret.

—Salgamos, ya sabe dónde se encuentra el espectro, tras ese muro —señaló el profesor Wassermann—, pero puede salir cuando se le antoje hasta que considere saciada su sed de venganza.

Abandonaron apresuradamente los túneles que había en los cimientos y

pasaron a la sala de servicios y maquinaria. Evitaron tropezar con los cadáveres carbonizados y una oleada de humo asfixiante les vino por el parking.

—¡Hay fuego, fuego! —gritó Sheila.

—Parece imposible, es un edificio construido contra incendios.

—También el Titanic estaba construido contra naufragios y se hundió —replicó el profesor Wassermann mientras corrían hacia la salida, ya que los ascensores no funcionaban.

En medio de toses, por una pequeña escalera llegaron al hall donde moqueta y puertas ardían con grandes llamaradas.

—¡Hay que correr hacia la salida! —gritó Garret.

Sheila se desvaneció y Garret tuvo que cogerla entre sus brazos y continuar corriendo.

Hallaron la puerta de cristal cerrada cuando antes la habían dejado abierta.

Garret arremetió contra ella con uno de sus pies por delante y la hizo saltar hecha pedazos. Corrieron luego fuera del alcance de las llamas, respirando el aire húmedo de la noche cuando ya se oían las sirenas de los bomberos y un bobby corría hacia ellos.

—¿Se encuentran bien?

Garret, con Sheila entre sus brazos, miró hacia el edificio que había construido. Pudo ver que las llamas prácticamente brotaban por todos los ventanales.

—Sí, nos encontramos bien —asintió.

A su lado, el profesor Wassermann dijo en voz baja, como dándole un consejo enraizado en la experiencia.

—No trate de explicar nada, no lo va a conseguir y le tomarían por loco. El taxidermista ha terminado su venganza, el edificio se vendrá abajo, no lo dude.

Hundiendo las manos en los bolsillos, Wassermann se alejó, sumergiéndose en la noche de la City mientras los camiones de bomberos llegaban ante el Midas Building que ardía por todos sus costados como si lo hubieran rociado de gasolina.

Un jefe de bomberos que recordaba aquel lugar, comentó entre dientes:

—Este sitio parece maldito por el fuego.

FIN